N.º 18.º

DISCURSOS

PRONUNCIADOS

EN LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CON MOTIVO DE LA ADMISION

DE

DON RAFAEL MARIA BARALT

COMO INDIVIDUO DE ELLA.

MADRID

IMPRENTA Á CARGO DE D. S. COMPAGNI, CALLE DE LA LUNA, NUM. 29

1853.

SEÑORES:

Mi veneracion á la ACADEMIA ESPAÑOLA data de los primeros años de mi existencia, y vive unida en mí á los recuerdos de aquella edad en que el ánimo y la inteligencia reciben á modo de tierra vírgen la semilla de los afectos que difícilmente se borran, de las pasiones que tarde se apagan, y de las ideas que jamas se olvidan. Al pisar el umbral de las escuelas, niño aun, aprendí los elementos que forman la basa de toda educacion literaria, en los libros con que promueve la comun enseñanza esta docta corporacion. Creció en mí con el tiempo, y consiguiente mejora en los estudios, el respeto debido á las fructuosas tareas de su instituto: jóven, pensé muchas veces con emulacion generosa, aunque humilde, en la gloria de sus miembros: y ya en la edad madura, cuando con los tristes

años adquirimos el aun mas triste privilegio de ver y juzgar las cosas y los hombres á la sola luz de la razon, que los despoja de colores y prestigios engañosos; examinando lo que ha hecho, y comprendiendo lo que puede hacer, la reconocí por primer cuerpo literario de la nacion, junta selecta de sus más claros ingenios, conservadora de la lengua, maestra de la juventud, seguro asilo reservado al ejercicio libre y plácido de la inteligencia en medio de la agitacion intrincada y tumultuosa de la sociedad de nuestros tiempos.

Considerad, pues, señores, cuántos y cuán varios deben ser los afectos que me agitan al verme pública y solemnemente recibido en cuerpo tan ilustre como de mí reverenciado: yo, que me humillaba ante su nombre sin haber concebido nunca la atrevida esperanza de pertenecerle: yo, que con nada puedo justificar, ni aun á mis propios ojos, tamaña honra, si ya no fuese con el ardentísimo amor que he profesado siempre á la lengua y letras patrias; pues no merece recordarse uno que otro oscuro y pobre fruto que he logrado de su cultivo en las treguas de reposo que me dieran las vicisitudes de una vida condenada á todo género de azares y conflictos.

Como quiera, menester seria que, insensible á los estímulos de una noble ambicion, tuviese en poco el buen concepto de las gentes, y no sintiese ninguno de los encendidos anhelos que dan calor al alma y vida al espíritu, para que no experimentase un involuntario movimiento de gozo, y aun de orgullo, el hombre á quien favoreceis con distincion que la vida más gloriosamente empleada en el sublime culto de las Musas aceptaria agradecida, como

último premio y corona de sus triunfos. ¿Por qué disimularlo? Siento ese gozo en lo íntimo del corazon, y él da de mi gratitud á la ACADEMIA más alto, más elocuente testimonio que pudieran ofrecerle nunca mis palabras.

Y cumplido ya, señores, el deber que me imponia el agradecimiento, es llegado el caso de satisfacer la deuda, no ménos sagrada, que vuestra bondad me ha hecho contraer con mi predecesor, el marques de Valdegámas. Cuando semejante obligacion no estuviese autorizada por justos respetos; todavía, con permiso de la ACADEMIA, me la habria yo impuesto en la ocasion presente para rendir al que la muerte acaba de arrebatarnos á deshora, con duelo de propios y de extraños, el homenaje de respeto y honor que merece su memoria. Mengua nuestra seria que la culta Francia, maestra excelente del buen gusto y juez idóneo de toda clase de merecimientos, hubiese esparcido lágrimas y palmas sobre la tumba de nuestro ilustre conciudadano; y que nosotros contemplásemos esa tumba, herencia de la patria, con ojos distraidos y secos, sellado el labio, y mudo el corazon.

Así, la piadosa costumbre de las corporaciones sábias, con la cual al paso que honran á sus individuos finados, cumplen con lo que exige su propio decoro, y realzan la dignidad y lustre de las letras; la necesidad de una manifestacion solemne de dolor que corresponda y sirva de eco al dolor del público; el patriotismo; la justicia; nuestros mismos recuerdos, que parece evocan la sombra de nuestro célebre compatriota en este recinto donde algun dia resonó entre aplausos su elocuente y poderosa voz; todo me obliga á hablar, siquiera sea de paso y con enojosa bre-

vedad, de las altas prendas que hicieron de él uno de los mas gallardos escritores de esta nuestra España, escasa ahora en ventura, pero rica siempre en valor, y tan á la continua fecunda en grandes ingenios como en virtudes magnánimas y heroicas.

Arduo es el designio. Acaso tambien extemporáneo; pues no para todos los hombres dignos de nota empieza la posteridad en el sepulcro. Los que han manejado altos negocios en el mundo, ó escrito sobre doctrinas y sistemas opinables, han menester jueces remotos, que no contemporáneos: en atencion á que solo el tiempo suele dar á las censuras ó á los elogios la exactitud, templanza é imparcialidad que los abonan. Mas ya que no me es dado excusar el empeño, abriré la senda que mejor que nosotros recorrerán los venideros; y lo haré desobligado de toda aficion agena del amor á la verdad; poniendo el hombre y sus obras al peso de mi libre conciencia; sin mas temor que el que me inspira mi pequeñez, desigual por todo extremo á la grandeza del asunto.

No todas las lenguas permiten que el carácter individual de los que las aplican á la literatura se refleje en sus escritos; pero, á no dudarlo, es la nuestra (á lo ménos entre las neo-latinas) la que por su riqueza, flexible contextura, y maravillosa variedad de locuciones y giros, concede más ensanche y libre movimiento al ingenio, prestándose, digámoslo así, como masa tierna y suave, á recibir todas las formas que quiera imprimirle cada espíritu. Por lo cual, respecto á nuestros escritores, más quizá que respecto de los de ninguna otra nacion moderna, se puede en rigor decir: *el estilo es el hombre.*

No pretendo, señores, que las obras del marques de Valdegámas estén exentas de faltas literarias, ni mucho ménos que deban servir de acabado y preferente modelo de pureza y buen gusto á los que deseen cultivar con provecho nuestro idioma; pero, en mi sentir, ninguno de nuestros prosistas, ya antiguo, ya moderno, logró nunca estampar más hondamente que él en sus discursos y en sus escritos, el sello de aquella predisposicion ó índole nativa que constituye la invencion y la originalidad en la elocuencia. De tal modo, que ya hablando, ya escribiendo; y ya se preparase con el estudio y la meditacion, ya improvisase, siempre es el mismo: siempre es, y por extremo, diferente de los demas: siempre, en sus errores ó en sus aciertos, con sus lunares ó con sus bellezas, no solo tiene fisonomía propia y peculiar, sino que esta fisonomía, merced al predominio de las mociones espontáneas del ánimo, retrata al vivo la rica naturaleza de su corazon y de su alma. Nunca se pintó nadie á sí mismo en producciones del ingenio literario con tanta verdad como él en las suyas. Hablaba como escribia: escribia como hablaba; y de forma hablaba y escribia, que, sobre ser único y solo en el lenguaje y estilo, la reforma de estos habria sido empresa superior á su propia voluntad y fuerzas, á lo ménos en la época de los primeros arrebatos de su ardorosa fantasía.

Hay, pues, analogía, ó mejor diré, identidad del carácter de nuestro autor con su estilo; y como este, cualesquiera que sean los asuntos, es invariable en la estructura y las formas, no vacilo en afirmar que el marques de Valdegámas poseia la cualidad sobresaliente de los grandes ingenios, á saber: la unidad que ilumina y explica sus obras;

que permite estudiarlas siempre á una misma luz y bajo un mismo aspecto; que pone de manifiesto la clave del hombre moral é intelectual; que descubre, en fin, el principio y móvil supremo de su espíritu.

Demas de que, sean cuales fueren las materias en que un grande y poderoso entendimiento se ejercite, siempre aparece dominado por cierta facultad particular que viene á ser como un instinto que le mueve, y que ayuda á discernirle. La política en sus más altas relaciones con la historia, y la historia y la política explicadas por el dogma católico, fueron el asunto predilecto de los estudios y meditaciones del marques de Valdegámas: el blanco á que, cuándo involuntariamente, cuándo de propósito, dirigia sin descanso ni vagar sus pensamientos, puesta la mira en penetrar el destino de las naciones; en descubrir el principio y fin del hombre y de la humanidad; y en demostrar la perfecta concordancia que ha tenido, tiene y tendrá la vida de la humanidad y del hombre con la ley revelada, que es regla y providencia de todo cuanto existe. ¡Arcanos insondables que ha puesto Dios entre lo conocido y lo ignorado, entre lo finito y lo infinito, como otras tantas lindes eternamente inaccesibles á nuestra impotente curiosidad y vana ciencia!

Casi todos los escritos de nuestro malogrado académico, ó por lo ménos los de más excelencia, confirman cuanto acabo de decir; y puesto que cualquiera de ellos podria servir al intento de analizar su estilo y la índole de su ingenio, todavía quiero para el caso elegir el que á todos los resume y comprende: el *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*; obra esta de la edad madura

del autor; así como la última, la más lata y más detenidamente elaborada de las suyas; y donde con mas brio y lozanía se ostentan, se desenvuelven y batallan sus teorías, luce su talento, brilla su diccion, y resalta el singular contraste de dulzura en el carácter y de dominacion en el espíritu que distingue, entre las conocidas, su elocucion fogosa y levantada.

En este libro destinado á examinar las más abstrusas cuestiones religiosas, morales, sociales y políticas; que discute y da por resueltos los más hondos problemas humanos, y que quiere explicar dogmáticamente muchos misterios divinos: en este libro, por más de un concepto singular y extraordinario, no aparece, sin embargo, asomo siquiera de duda, rastro alguno de vacilacion ó de incertidumbre en la mente, ni en la frase del escritor. La creencia es firme, incontrastable el ánimo, absoluta la afirmacion, imperioso el lenguaje. El hombre á quien muchos y fuertes vínculos de todo género ligaban á un partido político determinado, rompe con él, combate sus principios, y le moteja de erróneo, infecundo y corruptor. El amigo de la sabiduría, admirador y discípulo de los grandes pensadores que en todos tiempos han ensanchado el dominio de la inteligencia; despues de haber aprendido *á tener en poco á todos los filósofos y á todas las filosofías*, avanza un paso más y niega rotundamente la verdad de sus sistemas. El que años ántes, sentado en una cátedra famosa de esta corte, se esforzaba en demostrar que la fuente de la soberania y del derecho es la razon, no se contenta ahora con repeler la facultad de juzgar, sino que reputa perniciosa la facultad de discutir. La controversia, segun podemos de-

ducir de sus palabras, es una ilusion intelectual; una luz engañosa que ora quema, ora ofusca, pero jamas ilumina. Si hemos de asentir á su fallo, la libertad es siempre cómplice de la herejía; y la independencia humana no más que el triste privilegio de dudar, negar, y destruir, ocasionando natural y fatalmente el triunfo del error y del pecado en este mundo. ¿Qué más? La razon de por sí es incompetente para todo: para juzgar del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso: para conocer su propio orígen y naturaleza: para definir su marcha y desenvolvimiento; su accion en la vida de la humanidad; su ministerio en la historia. La razon que á sí misma se busca para estudiarse y conocerse, solo puede llegar con sus vanos esfuerzos al escepticismo y á la nada. El bien, finalmente, no es posible sino por medio de la accion sobrenatural de la Providencia: ni es dado concebir el progreso más que como resultado necesario de la sumision pasiva y absoluta del elemento humano al elemento divino; y no de otra manera.

Aseveraciones son estas ante las cuales hubiera retrocedido lleno de espanto un espíritu comun; pero el de nuestro esforzado controversista las fué deduciendo una á una, con dialéctica inflexible y admirable impasibilidad, del principio en que estriba su sistema: principio que se reduce á hacer de la teología el fundamento, la clave y punto de partida de todas las ideas generales relativas á la constitucion de la sociedad, y á las instituciones y gobierno de los pueblos. Así, toda cuestion, ya social, ya política, lleva en sí, visible ó latente, una cuestion teológica: en tales términos que no es posible establecer ningun sistema tocante á aquellos puntos, sin referirle, bien implícita bien explíci-

tamente á un sistema, á una teoría, á una nocion cualquiera de Dios en su esencia y atributos. De donde se deduce que la teología es la ciencia de las ciencias: la que todo lo abarca y comprende; de suerte que cuanto se ha escrito hasta ahora con nombre, sin duda usurpado, de ciencia política y social, queda reducido á la humilde categoría de *combinaciones arbitrarias del entendimiento humano.*

Una doctrina que incluye la ciencia en el dogma; que todo lo somete y rinde sin condiciones al principio de autoridad religiosa y política; que aniquila la libertad; y en que el hombre aparece absorvido por la inmensidad de Dios ¿se diferencia en algo del quietismo y del fatalismo? La solucion que da el *Ensayo* al problema del libre albedrío. problema que ha atormentado el entendimiento de los más insignes pensadores de todos los tiempos: problema que comprende en estrechisimo enlace los no ménos importantes de la vida propia de la conciencia, de la moralidad de las acciones, de la responsabilidad del ser humano, de las penas y recompensas, del merecimiento y la expiacion, de la justicia, del deber, del derecho: la solucion, digo, que ha dado el *Ensayo* á este inmenso y temeroso problema, ¿por ventura es la misma que ya le dieron los Padres de la Iglesia en la esfera de la verdad católica, la que le han dado los filósofos en el campo de la metafísica, la que le da la humanidad misma en el teatro de la historia? Ese libro, ¿no invalida cuanto en el trascurso de los siglos ha adelantado el espíritu humano en materia de ciencias morales y políticas? ¿No presupone el trastorno, imposible para Dios mismo, de la naturaleza, sucesion y ordenamiento de los hechos consumados? ¿No recusa todo progreso

en el camino de la civilizacion, toda mejora en la condicion del hombre, y tambien la eficacia intrínseca de las instituciones en el gobierno del individuo y de la sociedad? ¿No hace flaquear los fundamentos de la verdad, y destruye los elementos de la certidumbre? ¿No conduce como por la mano á la duda universal? Sus inexorables y aterradoras afirmaciones, ¿no vienen, por desgracia, á dar el mismo resultado que la negacion absoluta: negacion de la actividad moral é intelectual del hombre: negacion de la unidad orgánica de la familia humana: negacion de la filosofía: negacion, en fin, de la justicia, de la esperanza, y de la Providencia?

Otros, lanzando un rayo de luz á estas tinieblas para aclarar tamaño cúmulo de dudas, decidirán si las teorías del *Ensayo* concuerdan ó no con la análisis de las facultades del hombre, con la conciencia del género humano, con el espíritu del Evangelio, con los anales de la iglesia católica ortodoxa, y con los intereses de la religion; los cuales, en realidad, siempre han salido lastimados y maltrechos de todo profano consorcio con ideas de temporal exaltacion y predominio.

Por fortuna la Academia ni es asamblea política ni concilio, y no hay para que me entrometa yo á discutir en su seno las encumbradas y misteriosas cuestiones que suscita el *Ensayo*. Mas aunque para vosotros, señores, en cuanto corporacion, no sea el mundo una liza, sino un espectáculo, todavía me habeis de permitir que emita mi opinion acerca de las novedades que aspira á introducir en él la doctrina del señor marques de Valdegámas.

Y así diré, que cuando este gran dialéctico llega de

deduccion en deduccion al gobierno teocrático, ó sea al gobierno directo y personal de Dios ejercido por medio de sus ministros delegados los sacerdotes y los reyes absolutos; y cuando, á mayor abundamiento, aconseja que se escojan para el régimen y direccion de las cosas humanas de entre los sabios á los teólogos, y de entre los teólogos á los místicos y contemplativos, obedece á las inspiraciones de una escuela extranjera, y olvida ó desprecia la historia y las tradiciones nacionales, y el temple del carácter español.

¿Por qué lo callaria yo aquí donde se pueden decir útiles verdades; aquí donde hay hombres capaces de escucharlas y apreciarlas todas? Ni la teocracia ni el absolutismo son plantas indígenas del suelo generoso de nuestra patria. El gobierno de los godos, si no era completamente teocratico, daba una grande importancia á este elemento. Mezcla absurda de los principios más opuestos entre sí; alternativamente eclesiástico ó militar; siempre tiránico, murió dejando unido para siempre su recuerdo al de la dura cuanto merecida expiacion de Guadalete. Exótico como ese bastardo sistema, el absolutismo, de procedencia austriaca, nació, para daño y mengua nuestra, en el sangriento campo de Villalar. Española sí; de puro y limpio orígen español, hija legítima y gloriosa del genio nacional, es la guerra épica de ocho siglos que remató en los muros de Granada. Española sí, es la guerra, toda ella heroica, á que dió memorable principio el Dos de Mayo.

Ni cabe imaginar un país más fecundo que el nuestro en alternadas y opuestas enseñanzas de libertad y despotismo. Donde quiera que la historia registra un hecho me-

morable, una gran reforma, una mejora útil, una institucion generosa, vemos, ó la accion libre del pueblo, ó la mano paternal de un rey que sabe y quiere acomodarse al carácter de los súbditos. Donde quiera que, por el contrario, hallamos una perturbacion, una iniquidad, una tiranía; allí, indagando causas y rastreando orígenes, tenemos que reconocer la fuerza mayor de un monarca mal aconsejado que, con ofensa y desdoro del genio nacional, ingiere violentamente en el gobierno patrio instituciones extranjeras.

La defensa y conservacion del patronato y demas regalías de la corona ha sido uno de los principios fundamentales del derecho público de España desde Fernando é Isabel hasta Cárlos III; y fué constante anhelo de este buen príncipe hacerle triunfar de una vez para siempre en sus Estados. Fieles á esta causa han sido nuestros más ilustres reyes, y cuantos varones han tenido entre nosotros excelencia en letras divinas y humanas, en piedad, en patriotismo, en el ordenado y justo ministerio de la república, desde Jiménez de Cisnéros hasta Campománes, desde Melchor Cano hasta el venerable Palafox, desde Hurtado de Mendoza hasta Jovellános: nuestros más insignes jurisconsultos, nuestros más profundos teólogos, nuestros más hábiles ministros.

¿Cómo podia ser de otra manera? El absolutismo y la teocracia ni son españoles ni cristianos; cuanto mas que, si bien se mira, España no ha sido en lo antiguo otra cosa que un conjunto de reinos ó provincias libres formadas por la naturaleza, constituidas por las primeras razas pobladoras, caracterizadas por lenguas y costumbres varias,

y sostenidas por leyes y fueros privativos: gobernáronlas reyes, es verdad; pero eran administradas por comunidades, ayuntamientos y concejos: aunólas, es verdad, la religion; pero solo cortas porciones del territorio nacional fueron políticamente regidas por la Iglesia.

Mas no importa: cualquiera que sea la parte de verdad, ya relativa ya absoluta, ya racional ya histórica, contenida en el sistema del señor marques de Valdegámas; y sea cual fuere el juicio que se forme tocante á la posibilidad y conveniencia de aplicarle á la gobernacion de príncipes y pueblos, siempre, y por muchos conceptos, será para nosotros el *Ensayo* un libro de gran curiosidad é importancia.

Como libro de controversia, nos lleva á los últimos términos de una doctrina que, más ó ménos atemperada por la inconsecuencia, ó dulcificada por cobardes concesiones, han sostenido en el vecino reino, con no comun aprobacion y mucho estrépito, algunos hombres entendidos: con lo cual advierte, aun á los ménos avisados, del espíritu y tendencia de su escuela.

En el flujo y reflujo incesante de ideas que trabaja á nuestro siglo, y en una época en que todas las producciones del entendimiento, cualesquiera que sean sus formas, ejercen imperio en la opinion; los escritos que despiertan la inteligencia moviéndola á pensar y excitándola á discurrir sobre asuntos de comun provecho, son útiles por igual á las costumbres y á las letras. Discurre y falla el *Ensayo*, y al discurrir y fallar nos enseña á descoger las alas de la meditacion filosófica en los inconmensurables espacios de su dominio. ¡Caso tan raro como cierto!

El libro que declara impotente la razon, es él mismo un testimonio elocuentisimo de su fecundidad y de su fuerza; y maravilla ver cómo, al paso que condena la discusion, nos ofrece en todas sus páginas una prueba más, sobre las infinitas que ya existen, de que sin el público debate que avigora, depura y dirige á buen término el razonamiento, carecerian de sancion la verdad, de correctivo el error, de luz y vida el mundo.

En suma, considerado el *Ensayo* solo con relacion á la persona del autor, bien se puede decir que el libro es el hombre; porque allí vive este, respira y habla; allí se nos viene á los ojos con su manera propia de escribir y de pensar; allí se difunde con ímpetu libre rompiendo todo linaje de compuertas. El libro es él, todo él: con sus grandes defectos, con sus grandes cualidades: siempre grande.

Un ingenioso escritor español ha dicho del marques de Valdegámas, que habia en él mucho de poeta y mucho de filósofo; y que lo que tenia de filósofo le sobraba y estorbaba para ser poeta, así como lo que tenia de poeta le sobraba y estorbaba para ser filósofo.

¿Son por ventura incompatibles, segun esto, las dotes de ingenio que piden la poesía y la filosofía?

Tan léjos estoy de creerlo así, que tengo por cierta la opinion contraria; pues, á lo que entiendo, ni todo es pura inspiracion en el poeta, ni todo pura abstraccion en el filósofo. El uno, sin ejercicio viril del entendimiento, sin meditacion, sin razonada observacion de las cosas y los hombres, sin filosofía, solo conseguirá comunicar un soplo de efímera vida á las creaciones fantásticas de la imaginacion

desordenada, de la pasion sin regla, del pensamiento sin ley: ó bien, circunscrito á la imitacion servil de la naturaleza, idólatra de lo sensual y lo plástico, nunca abrirá al entendimiento los horizontes infinitos del espíritu, ni comprenderá siquiera la casta y luminosa serenidad que eternamente resplandece en las obras del arte verdadero. Por lo tocante al filósofo, si no tiene imaginacion que le haga sensible á las escenas de la naturaleza y del mundo, ni intuicion de la belleza ideal, ni entusiasmo, ni poesía, ¿qué otra cosa será jamas sino un forjador de estériles quimeras, destituido de elevacion y de elocuencia? No se comprende que Dios conceda sus más ricos dones para que se neutralicen ó se excluyan. Más me inclino á pensar que de tarde en tarde favorece con ellos á algunas inteligencias privilegiadas, para que puedan vislumbrar en armonioso conjunto la belleza y la verdad de sus divinas obras.

Y es lo cierto que el autor del *Ensayo* poseia y ejercitaba con igual maestría las dos fuerzas ó facultades extremas de la mente: es á saber, el razonamiento y la imaginativa; y que por un raro privilegio, concedido tan solo á los ingenios vigorosos y fecundos, veia instantáneamente y de lleno las cuestiones, descifrando lo que tienen de particular ó general, de relativo ó absoluto, de necesario ó contingente.

Si no contaba su inteligencia entre las que abarcan muchas ideas distintas, ó para compararlas, ó para someterlas á síntesis profundas: si, esclavo de su propio entendimiento, no veia casi siempre más que un solo lado de las cosas, ó un solo órden de conceptos, acreditándose

así ménos que de libre pensador de insigne lógico; poseia no obstante aquel género de capacidad que concibe y desenvuelve todas las aplicaciones de un principio, ó de un sistema. Asienta una premisa, y nadie le aventaja, que ántes bien excede á todos en sacar de ella el caudal completo de sus precisas consecuencias; y como no tiene miedo de sí mismo, ni del mundo, ni de lo que á su juicio es la verdad, arrostra con todo, no ceja ante las apariencias de la paradoja, ni transije con sus adversarios, ni da treguas á los sistemas que impugna, ni pone la consideracion y mira en otra cosa que en sacar triunfantes del combate sus leales convicciones.

Afirma con resolucion y niega con imperio, porque se llama campeon del dogma, y el dogma no se manifiesta sino por medio de afirmaciones ó negaciones magistrales y absolutas. Su dialéctica acosa á sus contrarios, y los encierra en un circulo de fuego; y con todo, no empece en ella lo inflamado á lo exacto, lo vehemente á lo sutil, lo valiente y grandioso á lo templado y galante. Más dado á la acometida que aficionado á la defensa, es consumado, como todos los grandes tácticos intelectuales, en el arte mañero de atraer á su propio campo al enemigo obligándole á aceptar sus armas y estrategia.

Versado en letras sagradas y profanas, distingue y caracteriza con tino y admirable sagacidad las religiones y los sistemas filosóficos, las escuelas y los maestros, las ideas y las tradiciones, las cosas y los hombres, las circunstancias transitorias y el rico, variado y complexo carácter de los tiempos. Apoyado en el principio que sirve de fundamento á su doctrina, y puestos los ojos en el cielo, levanta el

tono hasta donde remonta el pensamiento; y vuela este, magestuoso y sereno, de los últimos efectos á las primeras causas, de lo temporal á lo eterno, de lo conocido á lo desconocido, del hombre á Dios, *penetrando* (como él mismo dice bella y pintorescamente de Vico) *en las misteriosas fuentes del rio de la humanidad, escondidas mas allá de los inciertos albores de la historia, y de las ráfagas de luz intermitentes y engañosas de la fábula.*

Estas son las cualidades de filósofo que brillan en el señor marques de Valdegámas; y cierto, en la aplicacion que ha hecho de ellas no le reputo inferior á los maestros de la escuela neo-católica francesa.

Ni fué ménos bien abastado por la suerte en dotes de poeta, como lo testifican, al par que sus escritos, sus discursos; que pues todo talento brota, como de fuente viva, de gérmenes innatos, en él lo eran el espíritu religioso; el amor á la verdades morales; el gusto á lo sobrenatural y maravilloso; la pronta y lúcida percepcion de lo bello; la facultad eminentisima de generalizar las ideas, y de idealizar los objetos y las afecciones; la propension irresistible á los contrastes; y aquella fina sensibilidad que si tal vez somete indefenso al hombre á la influencia de impresiones peregrinas, movibles y caprichosas, le da en cambio el calor de alma y la vivacidad de pensamiento que son, para las obras del arte, lo que para las flores el sol, la tierra, el cielo.

Pues bien: el libro á cuya formacion concurrieron tales y tantos elementos, no peca porque su autor los haya empleado de manera que unos á otros se embaracen, desautoricen ni desluzcan.

Si consideramos el fondo de la obra, veremos no ser esta más que un nuevo, aunque elocuentísimo alegato, en el proceso que de tiempo inmemorial, sin término, sin juez, y sin esperanza de sentencia, sigue la razon consigo misma, con Dios y con el mundo. Porque si en este proceso es presuntuosa la razon que se califica de infalible, la que se tiene por incompetente para conocer y fallar, es absurda y cae en contradiccion cuando conoce y falla. Si en él se apela al dogma, la Iglesia, como su única y legítima guardadora, declara, define y no discute. Tratado han de teología, filosofía y política cristiana, entre otros varones eminentes, S. Pablo, S. Agustin, S. Clemente de Alejandría, S. Ireneo, S. Anselmo, y Santo Tomás de Aquino denominado con razon el Ángel de las Escuelas; pero ¿qué ojos de hombre verán nunca más ni mejor que vieron en materias religiosas, eclesiásticas, y aun literarias, los de aquellas águilas divinas, demoledoras del mundo antiguo y columnas fortísimas del nuevo? ¿Quién, en asuntos de fe, se atreverá á creer donde ellos dudaron, á dudar donde ellos creyeron, á afirmar ó á negar donde ellos negaron ó afirmaron? Y si apartamos respetuosamente la cuestion del dogma y de sus interpretaciones ortodoxas, para trasladarla al campo en donde luchan sin descanso las memorias de lo pasado con los presentimientos de lo futuro, ¿quién posee el secreto de Dios? ¿quién puede antever y señalar el rumbo que desde el principio de los tiempos ha señalado su dedo omnipotente al viaje, atribulado y azaroso sí, pero tambien espléndido y sublime, del hombre y de la humanidad sobre la tierra?

No busquemos, pues, explicaciones sutiles ni recón-

ditas para efectos que las tienen fáciles y llanas en la naturaleza misma de su asunto. Interpretar la docrina católica; someter al raciocinio los misterios de la religion para inquirir los designios de Dios, y declarar por medio de la nuestra limitada su sabiduría infinita; penetrar en el recinto de la fe poniendo forzosamente la planta sobre la imborrable huella que dejaron en su suelo los grandes maestros de la ciencia cristiana; querer construir de raíz el edificio de lo presente y de lo futuro con los escombros de lo pasado; y tremolando la bandera de la tradicion, pretender que el género humano se ampare de su sombra, y que retrocedan las corrientes de la civilizacion á sus orígenes, era empresa sobrehumana que únicamente un grande ingenio podia concebir, y cuya sola traza es un prodigio: salvo que llevarla á cumplido remate y término dichoso rayará siempre en lo imposible.

Fuélo, en mi sentir, para él; mas no seria justo que quedase por su cuenta lo que debe mayormente atribuirse á la materia de su escrito. Constreñido por esta y por su propósito á filosofar sobre misterios y dogmas religiosos, dió á la religion cierta forma y lenguaje de filosofía, y á la filosofía un cierto término de misticismo dogmático: con lo que hubo de privar á la una de su sencilla magestad, y atavió á la otra con arreos que desdicen de la sobria y severa diccion que le conviene. Demas de esto, cuando el entendimiento humano se empeña en explicar lo que se tiene en opinion de inexplicable, ó lo es de suyo, semejan sus esfuerzos á una como gimnástica del espíritu de que resulta vencida siempre la lógica natural de la verdad por la dialéctica artificiosa de la fantasía.

Nada parece entónces cierto. Piérdese la confianza; ocupa en el ánimo la duda el lugar de la creencia; toma aspecto de paradoja la verdad, de sofisma el razonamiento, de oropel y pompa vana la bizarría del estilo; hasta que, cansado el lector ó el oyente, acaba por considerar la controversia como un puro conjunto de especulaciones aéreas forjadas por la mente perdida en los campos sin límites del amor estático, ó de las cavilaciones metafísicas.

Tal como este es el juicio que han formado algunos del *Ensayo*; sin duda por no advertir que el libro parece pequeño solo porque Dios y la religion son inefablemente grandes: con lo cual una vez más se nos demuestra que el espíritu escudriñador de las altas cosas divinas es siempre y por todo extremo limitado, al paso que el corazon que se abre entero á su amor y reverencia es infinito.

Y así y todo, algo muy provechoso, elevado y excelente debe contener una obra que ha obtenido de nacionales y extranjeros muestras tan relevantes como insólitas de aplauso, y que ha sido parte para que se inscriba el nombre de su autor en el registro que conserva el de los inmortales defensores de la fe cristiana.

Gloria esta, señores, á todas luces merecida, pues tiene el *Ensayo*, entre otros méritos, el de ser una noble, pura y desinteresada inspiracion de conciencia: no un libro de vanidad ni granjería. Atormentado por una persuasion vacilante que á tiempo dormia, á tiempo despertando amenazaba (género de persuasion que es el mayor de los tormentos morales), nuestro ilustre compatriota buscó y halló reposo para el alma atribulada refugiándose en el impenetrable asilo del santuario. Del mismo modo que Pascal,

vió que la duda es estéril, y creyó: comenzó por rendir culto á la razon, y paró en echar por tierra no solo el ara y el templo, sino el ídolo. No se conformaba su espíritu inflexible con los partidos que transijen; ni con las opiniones que contemporizan; ni con los sistemas que se forman á retazos, como vil ataracea, de principios diferentes entre sí: y repudió el eclectismo, que ántes habia sido su escuela filosófica y su doctrina predilecta de gobierno. Estudió la sociedad, meditó las revoluciones, vió el uso que hacian los hombres de la libertad y del entendimiento; y persuadido de que el mal y el error acaban siempre por sobreponerse al bien y á la verdad, pidió al régimen absoluto su dominio, y á la sola divina religion su egida salvadora.

¿Dónde están, pues, la veleidad é inconsecuencia de opiniones que se atribuyen al marques de Valdegámas? El *Ensayo*, á buena fé, era, y tenia que ser, el término preciso de su carrera filosófica; bien así como fueron jornadas de este viaje intelectual todos sus escritos y discursos anteriores. Y en hecho de verdad, para ciertos espíritus sutiles y curiosos no hay puerto donde se remedien de las tristezas y zozobras de la duda, si no es el de la religion; atento que, desesperando la mente de penetrar lo incomprensible, halla que el dogma, á la ventaja de explicarlo todo, une la de domar el entendimiento con la fe, sosegar el corazon con la esperanza, y alumbrar el alma con la llama en que, segun la poética expresion de Malon de Chayde, *se enciende y no se quema, arde y no se consume, apúrase y no se gasta.*

Nótese, ademas, que muchos graves motivos debian

inducir al marques de Valdegámas, cuando no á profesar, á aparentar la mal entendida consecuencia que consiste en sostener siempre lo que un tiempo se creyó, y ya no se cree (donosa manera de virtud, muy al uso); y ello sin más que irse tras el hilo de la gente por el camino de sus primeras opiniones.

Solicitábanle, con efecto, á hacerlo así, la medra y crédito que esas opiniones le habian granjeado, el aliciente poderoso del aplauso de sus antiguos amigos, la ventaja de probar en libre estadio las fuerzas del espíritu entregado á sí mismo, la influencia del siglo, el ejemplo de varones doctos, los halagos del mundo, la traidora sonrisa de la popularidad.

Y ¿qué hizo? Lo que no todos (y con paz sea dicho) harán siempre en igual caso: escuchar y seguir la voz de su conciencia dejando la via ancha y descampada de la ambicion vulgar por la angosta y agria del legítimo merecimiento: dar suelta á la índole de su ingenio, á la naturaleza de su carácter, al temple de la sangre: romper con mano valerosa sus viejas ligaduras. En esta nueva senda debian salirle al encuentro la envidia y la maledicencia para denostarle; las preocupaciones y el orgullo de las escuelas contendientes para hacer mofa y escarnio de su entendimiento; los amigos, convertidos en enemigos, para quebrantar su corazon. Él lo sabia; y sin embargo publicó el *Ensayo*. ¡Nueva recomendacion de una obra que ya califican y ennoblecen otras prendas; pues considerada bajo el aspecto en que ahora se nos muestra, no es solamente un libro, sino (lo que es más para Dios, y debe serlo para los hombres) una buena accion, y un rasgo de heroismo.

Pero en la rica naturaleza moral é intelectual de Don Juan Donoso Cortés cabian, sin estorbarse ni dañarse unas á otras, todas las excelencias del corazon y del espíritu; pues es bien sabido que entre las dotes de pensador católico, de filósofo cristiano, de dialéctico profundo al par que ágil en la lucha, sobresalian las de hábil profesor, las de orador bizarro, las de escritor elocuentísimo.

Qué tan viva, impetuosa y perspicua fuese su manera de producirse y de explicar en cátedra, pueden decirlo todos aquellos que oyeron y admiraron en el Ateneo de esta corte sus lecciones de *Derecho político*.

Y cuán poderosa para agitar el ánimo y arrastrar la fantasía su elocucion en la tribuna parlamentaria, se infiere de sus discursos, cuyas cláusulas aunque muertas por faltarles el sonido de la voz, el gesto, el ademan y la mirada, producen leidas efectos casi iguales á los que ya hicieron pronunciadas. Y nosotros mismos podemos testificarlo: nosotros que oímos esos discursos animados con el calor y la vida que les comunicaba el orador arrebatado de sus propias emociones, no ménos que con la vida y el calor que momentáneamente les daba, entusiasmado, el auditorio.

Ni del singular imperio que ejercia en el ánimo de sus oyentes el marques de Valdegámas hemos menester más prueba que la que nos ofrece una de las últimas oraciones pronunciadas por él en el Congreso de los Diputados. La prueba á que aludo vale por muchas: es perentoria ademas; y voy á referirla porque, sobre hacer al caso, puedo dar fe de ella como testigo presencial.

Tratábase el 30 de Enero del año 1850 la que hoy llamamos *cuestion de presupuestos*: muy interesante, sin duda,

cuando es en realidad asunto que se discute; muy ociosa cuando hecho que se confirma, ó autorizacion que se da; y siempre, y de todos modos, desapacible y nada amena. Apelando, sin embargo, D. Juan Donoso Cortés á sus métodos favoritos de razonamiento, colocó el debate en el terreno elevado y general de los intereses materiales contrapuestos á las ideas morales, y arrancando de aquí llegó de un vuelo, con su facilidad acostumbrada, al corazon de la más sublime política teológica. Con decir que su discurso, en pormenores y en conjunto, es el gérmen, rudimento y clave del *Ensayo*, y que este se encuentra por lo tanto virtualmente contenido en él, dicho se está: lo primero, que era en cierto modo ageno del negocio que se discutia, é impropio del lugar donde se pronunciaba: lo segundo, que heria de muerte los principios políticos que profesaba, tanto la mayoría de aquella asamblea como el cuerpo de Ministros: y lo tercero, que ello todo colocaba al orador en una situacion embarazosa y flaca por extremo.

Ni hay que pensar que los espectadores estuviesen mejor dispuestos que los legisladores á escuchar con benevolencia al orador; pues nadie ignora que la parte del público aficionada á las sesiones de Cortes, ejerce por su mano en las tribunas una especie de justicia libre y popular, más á menudo hostil que favorable á los actores del drama político del dia.

Pues bien: delante del Congreso fué entónces condenado, sin piedad ni remision, el gobierno constitucional por el hombre que un año ántes, y en aquel mismo sitio, habia dicho de semejante gobierno: *Que no era en casi to-*

das partes sino la armazon de un esqueleto sin vida; gobierno de mayorías legítimas vencidas siempre por minorías turbulentas, de ministros responsables que de nada responden, de reyes inviolables siempre violados. Y el Congreso aplaudió

Y las tribunas oyeron entónces las más rigorosas y elocuentes invectivas que jamas han lanzado humanos labios á las revoluciones y la democracia; y las tribunas (por lo comun democráticas y revolucionarias) aplaudieron. Y cediendo á un impulso irresistible aplaudimos todos: los incrédulos y los creyentes, los vacilantes y los firmes, los pobres de espíritu y los orgullosos, los ignorantes y los sabios: todos, todos; si no convencidos ni persuadidos, penetrados de admiracion al talento de aquel varon singular, y del respeto que infunde aun á los entendimientos mas escépticos la natural altivez y el desenfado de una conviccion profunda.

Los aplausos que arrancan los discursos, decia más tarde el marques de Valdegámas, *no son triunfos, porque se dirigen al artista, no al cristiano.* Pero dado caso que asintiésemos sin reserva á esta opinion, más piadosa que exacta, todavía ocurre y conviene preguntar cuál era el secreto del arte divino que se enseñoreaba de nosotros hasta el punto de hacernos insensibles á todo ménos al encanto misterioso con que nos atraia y dominaba.

Prescindiendo, pues, de los elogios interesados provenientes de la pasagera infatuacion de las banderías, y del gárrulo y verboso aclamar de los periódicos de secta, lo que cumple á mi propósito es inquirir las causas propias y genuinas de la elocuencia del marques de Valdegámas: cau-

sas personales unas, nacionales otras, universales las más; cuáles de ciencia, de filosofía, de religion; cuáles, en fin, de estilo y arte.

Descollaba entre las primeras cierta dulce simpatía que inspiraba el orador, por aquel tiempo, á la generalidad de sus oyentes: á sus antiguos conmilitones políticos, porque las ideas que sustentaba en órden á reaccion religiosa, se ajustaban á maravilla con las que ellos profesaban, y profesan, en materias de Estado: á sus adversarios ultra-liberales, porque estos se gozaban en los inflamados anatemas que enderezaba á los partidos mistos: á los campeones del derecho divino de los reyes, porque defendia con insólita vehemencia su doctrina. Los que le amábamos sin abundar en su sentido, veíamos en el orador al hombre; y las personas extrañas á la política se pagaban tan solo del ingenio, posponiendo las doctrinas á la elocuencia, y la solidez de las pruebas y del juicio á la delicada y vistosa filigrana de voces con que vestia los pensamientos.

No hago mencion de sus enemigos, porque, si á la sazon los tenia, ó se ocultaban, ó hablaban por lo bajo. Fuera de que, ni entónces ni nunca mereció aborrecimiento el hombre á quien, en lo privado y en lo público, dió la pureza del corazon frutos de buena vida. Levantado por la religion sobre todo lo que le rodeaba, ya por aquellos dias se habia desamparado totalmente á sí mismo, y estaba en lo más alto del entendimiento cuidando solo de escuchar la voz de la conciencia y del deber. Manso y pacífico, se hallaba incapacitado de gobernar, porque, como decia en su discurso de 4 de Enero de 849, *no habria podido hacerlo sin poner en guerra su razon contra su instinto*. Naturale-

za de todo en todo intelectual y afectiva, no tenía fuerza sino para pensar y amar; y carecia de la que han menester los políticos para obrar y aborrecer. La irritable presuncion de poetas y literatos, bien conocida en todos tiempos, y verdadera plaga popular en este que alcanzamos, no fué llevada por él ni al trato íntimo, ni á los negocios de la república, ni á las discusiones de la ciencia. Era sincera su humildad, por más que á algunos pareciese altisonante y fastuosa; lo cual procedia de que tomaba todo en él las formas de su estilo: ni seré yo quien le moteje de haber tenido tal cual vez el orgullo de la virtud, viendo cuán medrada y vanidosa se anda hoy la ostentacion del vicio. *Cuando mis dias estén contados*, exclamaba en el citado discurso, *bajaré al sepulcro sin el amarguísimo y para mí insoportable dolor de haber hecho mal á un hombre*. Y ¿cuántos son, pregunto yo, los llamados á vivir y morir con tan sublime confianza en medio de las tempestades de la sociedad moderna?

Por otra parte, en la memorable ocasion á que me refiero se presentaba el marques de Valdegámas al exámen de los doctos bajo un punto de vista tan interesante como nuevo. Hasta allí habia sido periodista, publicista, poeta, literato; pero ni era tenido generalmente por filósofo, ni el movimiento especulativo de sus ideas significaba otra cosa más que la historia de su afan generoso por alcanzar la certidumbre, y por esclarecer los siempre recónditos arcanos del destino del hombre y de los pueblos. En los discursos de 849 y 850 aparece por la vez primera el futuro autor del *Ensayo* en posesion de una antorcha, dueño de un sistema; y esta final trasformacion de su inteligencia,

aunque prevista y esperada, porque era lógica, sorprende y cautiva á los hombres capaces de comprender cuánto tiene de heróica la tenacidad del espíritu que, ansioso de luz y de verdad, busca la una y la otra sin descanso, y á costa de los mayores sacrificios.

Pero hay más. Cuando el marques de Valdegámas sostenia la superioridad de las ideas religiosas, morales y políticas sobre los intereses materiales; cuando buscaba el fundamento de la buena gobernacion de las naciones en los elementos que constituyen la esencia necesaria y perpetua de las sociedades humanas; cuando preferia el deber y la abnegacion á la licencia, y á la grosera satisfaccion de los apetitos sensuales; cuando defendia la fe contra la incredulidad, y condenaba la indiferencia; cuando decia que toda verdadera civilizacion procede del cristianismo, y debe contar con él para subsistir y mejorarse; cuando señalaba como eficaz remedio para los males de la enferma sociedad la regeneracion moral y religiosa de los pueblos, ¿cómo no aplicar el oído al acento armonioso y varonil que proclamaba semejantes verdades en un lenguaje digno de ellas, y con la autoridad que comunica al espíritu un convencimiento incontrastable?

Aplicamos, en efecto, señores, y debimos aplicar todos el oído y el alma á aquel acento, porque él heria en nuestros corazones la fibra siempre sonora de las creencias religiosas: una de las pocas que correspondiendo á la trama de nuestro carácter nacional subsiste, sin notable deterioro, no gastada aun por las estériles luchas en que casi todos los elementos de nuestra vida interior se han consumido. Así que, descartando de la doctrina teológica y polí-

tica de los discursos lo que hay en ella extremado y contrario á nuestro instinto, lo demas es español por lo que tiene de católico: europeo, universal, porque afianza los intereses vitales y más caros de la sociedad humana sobre el eterno pedestal del cristianismo.

Esta es la única religion conservadora al par que progresiva; y sin embargo, la fé huida de las almas, el materialismo triunfante, y la execrable profanacion de las cosas sacrosantas, forman el grave mal que hoy pesa sobre todo: hombres, pueblos, sociedad, gobernacion, costumbres, artes y literatura. De donde infiero que habria ingratitud en no reconocer y estimar lo que, siguiendo rumbos más ortodoxos que Chateaubriand, ha tentado D. Juan Donoso Cortés para rehabilitar la religion de nuestros padres, ménos en el concepto de bélla que en el de verdadera; ántes que bajo el punto de vista del arte, bajo el de la moral y el dogma: y lo mucho que por consecuencia ha hecho para restituir al cristianismo su austero carácter, y la divina autoridad que pone límites morales á toda autoridad humana, coto á los desmanes del poder, freno y correctivo á las tiranías y liviandades de pueblos y monarcas.

Y hé aquí explicados los vítores que dieron en España á los discursos gentes de varias y aun opuestas opiniones. ¿Diré tambien del alborozo con que les salieron al encuentro, así las cortes de Europa como el clero ultramontano en todas partes? Debemos convenir en que no podia ser ni más natural, ni más oportuno ese alborozo.

Porque era D. Juan Donoso Cortés, si no el primero ni el mejor, el más elocuente publicista de la escuela neo-católica que rige, y de cada vez más avigora, la reaccion

política que hoy se nota en los Estados. Al modo que en 1790 condenaba el irlandes Burke la primera revolucion democrática francesa: al modo que el saboyano De Maistre escarnecia esa misma revolucion con el epíteto injurioso de satánica; así condenó él la revolucion de 848; y así la escarneció; y así tambien, midiendo la profundidad del abismo que ella ha abierto á nuestras plantas, le lanzó deliberadamente en son de reto el anatema provocador de sus doctrinas, y el dardo acerado de sus atrevidas cuanto originales conjeturas.

Tan austero como el dogmatista saboyano, y tan enérgico como el orador irlandes, nuestro apasionado defensor de la tradicion de la Edad-Média, abomina cuanto conduzca á alterarla. Ni se contenta con reprobar las demasías de los hombres, la natural ceguedad de los bandos, la confusion inevitable de los hechos; sino que, negando toda legitimidad á los hechos, todo derecho á los bandos, toda autoridad á los hombres, recusa el principio generador de los movimientos populares, y afirma que están destinados por las inexorables leyes de la lógica á agitarse, sin provecho ni descanso, en un círculo inflexible de contradicciones y catástrofes.

Y no se detiene aquí; pues convencido de que nos hallamos en los tiempos apocalípticos, y de que el fin del mundo está cercano, anuncia que la libertad ha muerto *sin esperanza de resurreccion, ni al tercer dia como Cristo, ni al tercer año, ni al tercer siglo*; que el tremendo problema de la gobernacion humana está en pié, sin que sepan ni puedan resolverle las naciones ni los sabios; que la pavorosa esfinge revolucionaria está delante de nuestros ojos

esperando en vano un Edipo descifrador de su enigma; que la civilizacion y el mundo retroceden; que todos los caminos, hasta los mas opuestos, conducen á la perdicion; y que la humanidad camina con pasos rapidísimos á constituir el despotismo mas gigantesco y asolador de que hay memoria. Que el mundo se halla colocado entre el socialismo y el catolicismo, y por lo tanto, segun él, entre la negacion y la afirmacion, entre la muerte y la vida, entre el infierno y el cielo: esto protesta. Y sostiene, por conclusion, que en semejante estado de cosas el único refugio de la sociedad amenazada es la teocracia católica, como la sola institucion que da escudo á los súbditos contra la tiranía de los reyes, y á los reyes contra la rebelion de los súbditos.

No lo extrañemos. Procedia en parte todo ello del hondo terror que la revolucion de 848 habia producido en el ánimo, harto sensible, del marques de Valdegámas; y en parte del terror general que, á modo de epidemia, cundió entónces por Europa. Cierto, cuanto mayor habia sido el peligro pasado, tanto era mayor la urgencia de aparejarle remedio para lo presente y lo futuro; y pues todo estaba amenazado, todo debia, á ley divina y humana, defenderse. Y ¡oh cuán terrible es en ocasiones la necesidad de la propia defensa! Y ¡qué elocuente el terror cuando deja expedito el uso del entendimiento y de la lengua! Provocada la fe por la incredulidad absoluta, se irrita, y opone la tiranía á la anarquía: esto es, un abismo á otro abismo. Los gobiernos, al exceso de la libertad contraponen el de la fuerza; y la fuerza, como de costumbre, siembra agravios y recoge sangre, sin poder nunca establecer otra paz sino

la transitoria del miedo, ni más silencio que el del rencor que guarda sus iras. La razon libre amontona teorías, y en realidad solo atesora quimeras; pero, feliz é inocente sobre todos, la imaginacion se exalta, siéntase en la trípode sagrada, y profetiza.

Mas sea lo que fuere del concepto que entónces se formase, y hoy se forme, de semejantes profecías, es lo cierto que debian conmover vivamente al auditorio: lo uno, porque descubrian la agitacion del orador, y ponian de manifiesto el hondo surco que habian trazado en su ánimo los grandes sucesos coetáneos: lo otro, porque esos mismos sucesos daban estendido campo y ancha salida á las efusiones y congeturas del espíritu con los pavorosos espectáculos de tronos caidos; de pueblos conjurados, domados por el pronto á hierro y fuego, indóciles al yugo, siempre dispuestos á romperle; de guerras sangrientas, ya civiles, ya sociales; de desolaciones terribles; de furores que, haciendo desesperar de la salud del género humano, movian, cuando no á dudar de la Providencia, á tener por seguro el fin del mundo.

Y ahora, señores, para dejar enumeradas las causas principales del gusto con que fueron escuchados y hoy producen leidos los discursos del marques de Valdegámas, solo me resta hablar de su estilo y de la índole de su oratoria: dos cosas estas que, en puridad, no son más que una; pues, como ya he dicho, en nada diferia su manera de orar de la de hablar, y eran ambas idénticas á la que tenia de escribir en todo género de asuntos.

Por mucho entran en sus obras las ideas: pero por mucho tambien el estilo; y uno y otras fueron de gran no-

vedad en nuestra España. Más que todo el estilo, ó mejor dicho, la lengua de nuestro insigne compatriota: lengua que, con ser la general, tomaba en sus escritos y oraciones caractéres no conocidos ántes, y venia á ser uno como instrumento peregrino cuyas vibraciones resonaban agradablemente en oídos por extremo sensibles á la pompa de la diccion, y al ritmo y cadencia de la frase. Fondo y forma le salvarán, pues, de la comun suerte reservada á improvisadores y controversistas, casi siempre sepultados en el polvo de los tiempos que animaron con su espíritu, y llenaron estrepitosa aunque pasageramente con su nombre.

Tanto como sus doctrinas teológicas y políticas de las ideas corrientes en España tocante á las relaciones de la Iglesia con el Estado, se apartan su lenguaje y estilo de la elocucion de los autores nacionales de mas nota, antiguos y modernos. Y no porque en lo más mínimo desestimase los eternos modelos de nuestra lengua, ni porque no estuviese repastado en la lectura y asidua contemplacion de todos ellos; sino porque su manera de pensar requeria una manera análoga de expresarse, y ambas tenian por fuerza que ser profundamente originales.

Es su elocuencia más bien dialéctica que retórica, imperativa que insinuante, dogmática que persuasiva. Destinada á la controversia de cuestiones intrincadas y espinosas, tiene por precision la inflexible cuanto ingrata rigidez del método, el despotismo severo del axioma, las ventajas al par que los inconvenientes de las conclusiones absolutas; por manera que tanto sus escritos como sus discursos tienen forma, estructura y sabor de disertaciones ó tésis académicas.

Acaso se note en algunos de ellos más ergotismo que verdadera lógica, más escolasticismo que verdadera dialéctica, ménos propiedad en los pensamientos que aparato artificiosamente científico en la forma; pero en cambio sobresale en el juicio y paralelo de los hombres, en el cotejo de los sistemas, en la contraposicíon de los objetos, y sobre todo en el arte maravilloso de reducir á una sola palabra profunda, exacta, expresiva, todo un mundo de ideas, todo un órden de hechos y conceptos.

Visto á la luz de las reglas más generales, su estilo, en cuanto parlamentario, es harto sutil; en cuanto polémico, demasiado abundante y florido, lleno de metáforas, antítesis, y toda clase de tropos y figuras; pero ¿por ventura no es la imaginacion una facultad indispensable en los hombres destinados á formar juicio de los grandes espectáculos y acaecimientos del mundo, y á deducir de ellos reglas de conducta para lo presente, y documentos de útil enseñanza para lo futuro? ¿Podrian, careciendo de imaginativa, recibir las vivas impresiones físicas y morales que son el orígen y fundamento del vigor de sus análisis, de la ingeniosidad de sus interpretaciones, de la trascendencia de sus miras, de su elocucion pintoresca, ardiente y animada?

Preponderan en el marques de Valdegámas la audacia del espíritu sobre la del ánimo, la fuerza de argumentacion sobre la de raciocinio, la sensibilidad de la fantasía sobre la sensibilidad del corazon; y es más sistemático que político, filósofo de abstraccion más que de observacion, y hombre de generalidades teóricas ántes que versado y práctico en negocios de gobierno.

No hay que buscar, pues, en sus escritos ni en sus discursos asuntos concretos de hacienda, razon de Estado, ó economía política; porque, ó no existen, ó están encadenados á una cuestion abstracta tocante á los principios de la ciencia respectiva. Por donde se ve que el instinto y el gusto le mueven de comun acuerdo á correr tras la significacion universal de las cosas, y las leyes generales de los hechos.

No hay tampoco variedad en sus entonaciones: esto es, el gracioso modo que alterna entre lo sencillo y familiar, y lo ataviado y pomposo; que pasa sin esfuerzo de un objeto á otro; que esmalta el discurso, como la naturaleza el campo, de luces y colores diferentes.

Puesta siempre la mira en un fin, grandioso sí, pero demasiado rígido por una parte, y por otra harto superior á nuestra pobre condicion humana, parece que no tiene ojos para ver el mundo. Desdeña humanar su alta razon acomodándola al modo comun de sentir, y al gusto de las gentes ingenuas y sencillas; y no parece sino que tiene á ménos persuadir impresionando el ánimo, excitando la sensibilidad, y moviendo las pasiones. Pocas veces habla al corazon como amigo: siempre al espíritu como déspota; á la razon con los preceptos; á la imaginacion con el brillo de las figuras oratorias. No quiere insinuarse, sino imperar: más veces se indigna que se enternece: nunca se sonrie: nunca llora.

Ni le pidais ímpetus del corazon, desahogos del alma henchida de dulces emociones, arranques de entrañables afectos, inopinadas y vehementes explosiones de entusiasmo; ni los felices raptos que, sacando fuera de sí al escri-

tor ó al orador, estrechan la distancia que média entre su corazon y los corazones de sus oyentes ó de sus lectores, y á todos los junta en uno para hacerles palpitar bajo el peso de unas mismas emociones.

Él no se distrae, ni se abandona á los azares y aventuras de la improvisacion, ni se olvida un instante de sí mismo. Armado de punta en blanco, firme en los estribos, y sentado á plomo sobre su buen corcel de batalla, parte derecho como un dardo, y solo presenta á la vista y á los golpes de sus enemigos asombrados, hierro en la lanza, hierro en la armadura.

Y está siempre encerrado en su idea y su principio como lo estaban en sus castillos feudales los antiguos señores; sin que nada les faltase ni estorbase: ni el aire, ni el terreno, ni las armas, ni la confianza en su brazo, ni la malquerencia de sus iguales, ni los derechos del rey, ni la rebelion de los vasallos.

Muchas son las veces en que discurre como doctor y habla como sofista: la verdad está en la idea, y la expresion es falsa: nunca esclavo del concepto, lo es muchas veces del aparato ostentoso con que se le ofrecia la forma. Esto dice de D. Juan Donoso Cortés uno de sus mas hábiles panegiristas; y prueba que en las producciones del orador y escritor español el estilo daña en ocasiones al pensamiento, y el artista literario al sabio y al filósofo. ¡Ojalá no se viese tambien en ellas sacrificado con frecuencia el buen gusto á cierta dialéctica prolija que apura hasta las heces los asuntos! ¡Ojalá que ménos impaciente y arrebatado tuviese siempre el buen acuerdo de esperar el númen, sin conjurarle á deshora con violencia!

Aunque, á decir verdad, muchos defectos de método y estilo son en él obra, ántes que de malos instintos literarios, de las circunstancias del tiempo en que escribió, y del objeto que al escribir se proponia. Motéjanle, por ejemplo, de haber querido dar á la religion aparato filosófico; y no se tiene en cuenta que nuestro siglo, razonador y polémico por excelencia, pide á toda obra especulativa semblanza y forma de sistema. ¡Qué no habla al corazon! Pero ciertamente no es fácil en la época que atravesamos hablar á corazones corroidos por la lepra de la sensualidad, y que no se mueven sino á impulsos de la avaricia ó del miedo: ruínes y viles una y otro.

Hablaba y escribia D. Juan Donoso Cortés, no para levantar figura, sino para cumplir una obligacion; y si bien pudo equivocarse acerca de la naturaleza de semejante obligacion, la forma de ella (que es de lo que aquí se trata) es adecuada á su propósito. Un hombre de su carácter público no podia ser ascético sin dar que reir; y con las ideas que tenia sobre la dignidad de la religion no debia tratar de esta bajo el punto de vista poético que ha convertido el cristianismo en una especie de mitología profana para el uso de cierta literatura empalagosa y llorona de estos tiempos. Conque para ser original en el camino, ya trillado, de la filosofía teológica, tenia que poseerse enteramente del espíritu dogmático, y sentar plaza entre los campeones rigorosos é inflexibles de la Iglesia militante.

Y hé aqui por qué en el tumulto que forman las pasiones y la oscilante anarquía de las ideas coetáneas, emplea con preferencia al del halago el resorte del terror;

por qué su elocuencia no adula las pasiones, ni se anima con súbitos destellos de encendida ternura; por qué cuando quiere anunciar al mundo desventuras y catástrofes prefiere su voz, á los tonos humanos del lenguaje, el acento sobrenatural de los profetas.

Por lo demas, el estilo de su declamacion ó de su escritura, si no es llano, corriente ni sencillo, tiene en cambio gravedad, solemnidad y grandeza. La frase es simétrica y monótona, rígida y de inflexible estructura; pero tambien amplia, cadenciosa, y de rico y variado colorido. Medita sin esfuerzo, narra con claridad, y redarguye con lucidez. Tiene definiciones admirables, é ilumina frecuentemente las oscuras abstracciones de la metafísica con ráfagas de luz maravillosas. Todo crece y se desenvuelve en su elocucion de un modo pintoresco: una simple palabra hasta convertirse en premisa, la premisa en postulado, el postulado en axioma; y nada es más curioso que ver este, fecundado por su ingenio, trasformarse al fin en un sistema de infinitas partes, á manera de como se trasforma en árbol ramoso y corpulento la semilla confiada á buena tierra.

Hay notas falsas y duras en su armonía, carencia de amenidad y dulce modo, sobrada ostentacion de pedagogía dogmatizante, algun hipo por causar sorpresa y admiracion, prodigalidad de epítetos fastuosos, exceso de adorno y colorido; pero abunda en locuciones felices, en máximas notables por el sentido y la novedad de la expresion, en períodos valientes y pomposos, profundos pensamientos, dichos breves y agudos, ímpetus de ingenio rapidisimos, sublimes.

En fin, su estilo no es científico ni didascálico como el espíritu del siglo; ni tiene la tersura y precision que requiere la filosofía; ni posee la deleitosa naturalidad que avalora la grande y genuina prosa española: pero es un estilo propio y original; y cuando acaece que se acomoda y ajusta bien á la materia que discute ó al pensamiento que desea inculcar, á ninguno es dado ser más elocuente. Entónces conceptos y voces, frases é ideas se desenvuelven en perfecta armonía, y se ligan y suceden unas á otras como las olas de un magestuoso rio de hondo cauce y levantadas riberas: con rumor dulce al oído; con movimiento grato á la vista; trasparentes, sosegadas, luminosas.

Razon tenia yo, pues, cuando al principio de este discurso decia que las obras de D. Juan Donoso Cortés no deben, en mi sentir á lo ménos, ser propuestas por dechado á los que deseen cultivar con provecho nuestro idioma. Desatinado seria, en efecto, aconsejar el estudio de un lenguaje y estilo que, sobre apartarse gran trecho de las formas características de la lengua española, son de tal manera espontáneos y propios suyos, que repugnan toda plausible imitacion. Así, lo que en el autor del *Ensayo* merece disculpa y hasta elogio, porque es natural, en cualquiera otro que no posea sus relevantes facultades parecerá y será siempre insustancial palabrería, lucubracion artificiosa, retórica vana y pedantesca. No puede ser que se reduzcan á reglas las excepciones, y el marques de Valdegámas es ejemplar señero en nuestra historia literaria; lo cual conviene inculcar tanto más cuanto que no son pocos los que, teniendo gran concepto de sí mis-

mos, creen reproducir las bellezas de forma en que abunda aquel escritor, cuando en realidad no hacen más que copiar sin tino ni discernimiento los lunares que le afean.

Y el mal es grave, porque los pretensos imitadores de D. Juan Donoso Cortés pertenecen á la escuela, no insignificante, de los que so color de ilustrar y enriquecer el habla miserablemente la profanan y empobrecen. ¡Cosa rara! Para autorizar tamaño desafuero invocan la filosofía, ¡como si de ella pudiese carecer la lengua formada con tan alta razon como peregrino ingenio de las más bellas lenguas de la tierra! ¡Y se arrogan el título de reformadores y de originales porque, envileciendo y descoyuntando el idioma, truecan de buen grado su inimitable soltura, gracia y lozanía por la pobre sintaxis y pueriles afeites de idiomas extranjeros!

Permitidme, señores, que entre con tal motivo en algunas consideraciones que acaso no carezcan de oportunidad. Prometo no separarme gran cosa del asunto principal de este discurso.

Del nuevo culteranismo que la escuela á que aludo intenta popularizar, diráse lo ménos aplicándole lo que escribió el docto Capmany del estilo empleado por Quevedo en el *Marco Bruto*. «Usa, dice, de oraciones demasiadamente concisas y dislocadas, sembradas de frases simétricas, ó por correlacion de voces, ó por contraste de su significado, en que descubre con un género de empeño su artificio y esmero, con lo cual viene á formar un estilo emblemático, preñado de máximas y advertimientos redundantes, que era el decir grave y culto de los escritores de aquel tiempo cuando querian filosofar ó politiquear.»

Los caractéres principales de semejante estilo son, efectivamente, la antítesis, la copia excesiva de figuras retóricas, la intemperancia de conceptos explicativos de la idea fundamental, la verbosidad disertante propia tan solo del sofisma, y la molesta descripcion de toda cosa en tierra, en mar y cielo. En una palabra, es el estilo exuberante, amplificador y parafrástico por excelencia.

Nadie espere de él ningun género de sobriedad ni templanza. Unas veces, esclavo de la frase, dará palabras por ideas, ruído por armonía; y se le verá, artífice de la diccion, cincelarla y pulirla como un lapidario los diamantes. Otras, por el contrario, sacrificando la forma al pensamiento, violará la gramática, y en lenguaje exótico é inaudito hará proezas contraponiendo y adelgazando necedades para ver de dar cuerpo al vacío.

Cuando no deslumbra con el perpetuo centelleo de antítesis peinadas y galanas, que así cansan el oído como fatigan la inteligencia haciéndola caminar, sin posible descanso, de sorpresa en sorpresa, y de estallido en estallido; cuando esto, digo, no sucede, acontece estar, miéntras leemos ó escuchamos, con el alma anhelante, pensando si de un momento á otro, el que vemos andar y voltear por los aires en la maroma de aquel estilo temerario, dará consigo en tierra.

Anatómico y naturalista implacable, todo lo ha de describir, ó mejor dicho, todo lo ha de disecar por fibras y partículas: lo que vemos, lo que no vemos, lo que imagina, lo que no se puede imaginar. Diríase que no tiene alma, segun es de frio y seco; y no conmueve, porque todo en él viene á ser artificial, ficticio y presuntuoso. Fas-

cínanle el brillo y el colorido, y no cuida si por acaso el brillo es oropel, y mezcla abigarrada el colorido. Puede ser rico y sublime en ocasiones; pero la insensata comezon de ser grande á todas horas le obliga á sacar de quicio el temple y tono de la expresion, que se descubre siempre puesta en alto, calzado el coturno, retumbante, fastidiosa.

Tal es la afectacion, tal el compasamiento que hay en todo; tan de mal se le hace á este malhadado estilo ser corriente, claro y llano; y tanto codicia lo sutil y concepceptuoso, que dudamos muchas veces si está el vicio en la diccion, ó si en el hombre que la emplea: esto es, en el corazon, que no siente; en el entendimiento, que no profundiza; en el espíritu, que no cree; en la fantasía, que para hacerse admirar á toda costa aparenta la fé, juega con las creencias, inventa prestigios, imagina (que no siente) los afectos; con lo cual nada más consiguen prosistas y poetas que ser afirmativos y dogmáticos sin autoridad, razonadores sin lógica, religiosos sin devocion, sensibles sin ternura, abundantes y huecos sin precision ni profundidad, facundos sin elocuencia.

Seria proceder en infinito analizar gramaticalmente el lenguaje que corresponde al estilo de la nueva escuela. Sentencioso éste, tiene por necesidad que ser aquél clausulado y compuesto de frases simétricas que se proporcionan unas á otras con exactitud cuasi matemática: lenguaje de ecuaciones y fórmulas, no tan fecundo, que digamos, como el álgebra; pero de cierto tan áspero y desapacible como ella. Añadamos á estos defectos, el de desechar por embarazosos ó supérfluos muchos giros, locuciones y mo-

dos de decir castizos; y comprenderemos cómo logra semejante lenguaje privar al idioma de la libre construccion que es una de sus mas preciosas galas y excelencias, por cuanto le hace el ménos tímido y uniforme de todos los vulgares.

Ahora bien: una alteracion sensible en el habla proviene siempre de una alteracion correspondiente y análoga en las fuerzas, condiciones y demas elementos del pueblo cuya es; porque el habla no solo es el espejo donde se reflejan todos los movimientos exteriores á interiores de la sociedad, sino tambien uno como cuerpo vivo y orgánico que desde luego se los apropia, y en seguida los reproduce dándoles la forma y confirmacion especial de la palabra.

Y como por ley invariable que liga al individuo con la comunidad, unas con otras las naciones, y á estas con el género humano en cuanto principio y centro supremo de unidad, ningun grande impulso desaparece del teatro del mundo sin dejar huella, ora visible, ora latente de su accion; hoy experimentamos nosotros en todas las esferas de la vida nacional la influencia de revoluciones que en un principio rompieron en oposicion y lucha abierta únicamente con los antiguos elementos religiosos y políticos de Europa; pero que despues conmovieron en su raíz la base comun de la lengua y literatura alterando de varios modos el sentido de las voces, introduciendo otras nuevas, y relegando al olvido gran caudal de las antiguas.

Hay, á no dudarlo, sentido y legitimidad, pero tambien mezcla de males y de bienes, en la influencia que ejerce sobre la lengua y literatura el espíritu del siglo.

Objeto propio, y por cierto interesantísimo, de una disertacion académica, seria apreciar con rigorosa exactitud la índole, manera y extension de semejante influencia, para conocer la ley que sigue, y hasta qué punto debemos, ó ladearnos á su imperio, ó rechazarle. Yo habré de contentarme con decir, en términos generales, que la revolucion moderna obra sobre la frase estimando mucho más la relacion lógica de esta con el pensamiento, que su estructura y corte artístico y galano: sobre el discurso, prefiriendo el fondo á la forma; sobre la lengua, ensanchándola para hacerla capaz de expresar el mayor número posible de relaciones y conceptos; sobre el arte, libertándole de los andadores de la rutina, y abriéndole de par en par todas las puertas de la naturaleza, del mundo y de las ciencias; en fin, sobre la universalidad de las cosas, proclamando la libertad de exámen, el predominio de la razon, y la conveniencia del espíritu inquisitivo y analítico.

Tal es el derecho de la revolucion; pero al modo que toda luz una sombra, y todo efecto una causa, presupone todo derecho un deber correlativo; y deberes y derechos envuelven en sí una ley que ordena y hace fructuoso su ejercicio.

Esta ley, ó digámosla pacto de concordia y alianza entre lo antiguo y lo moderno, deberia estar reducida (por autoridad competente) á fórmulas precisas en obras elementales que desgraciadamente no existen: por ejemplo, una historia de la lengua y la literatura comparadas; un tratado del arte de escribir, en que se cotejase el lenguaje actual con el de otros siglos; un diccionario general del idioma desde los tiempos de su formacion hasta el pre-

sente; una gramática analítica; y por último, un diccionario de sinónimos, sin cuyo auxilio es tan imposible conocer los primores y modificaciones del lenguaje, como dar principios fijos á la propiedad y correccion de idioma alguno.

Y miéntras los elementos que dejo enumerados no concurran, de acuerdo con la crítica, á hacer fecunda la reforma literaria y filológica, entregada esta á sí misma, sin freno que la contenga, sin autoridad que la ilustre, sin regla que la guie, nos llevará respecto de la lengua al caos; respecto de la literatura á la desordenada imitacion de todas las formas extranjeras, menospreciadas y olvidadas las indígenas; y respecto del arte, en general, á la inmolacion de la fantasía por la dialéctica, y por cierto espíritu de análisis, útil sin duda, pero demasiadamente mezquino y sutilizador en ocasiones.

Y así vemos que la trasformacion á que propende la lengua, en vez de maduro y sazonado fruto de un sistema, va pareciendo aborto de un desórden; y más que con los pacíficos caractéres del plan y de la regla, se nos presenta con los signos alarmantes de la confusion y la anarquía: indefectible dolencia esta, y grave pesadumbre de las épocas de transicion, en que la sociedad oscila sin punto de apoyo visible, movida á todos vientos por corrientes irregulares de hechos y de ideas peregrinas; de ensayos fallidos; de sistemas, doctrinas y opiniones que buscan la norma general del equilibrio y del reposo caminando, á tiento y con angustia, entre la sombra de lo pasado, el enigma de lo presente, y el misterio, insondable al parecer, de lo futuro.

Porque no puede ser último y provechoso fin de la reforma literaria que notamos, la mezcla absurda de los tonos, colores y barbarismos más discordantes entre sí, y más opuestos al buen gusto, que es el supremo conocedor y juzgador de la belleza; ni que hablemos en privado el lenguaje de la sencillez y la moderacion, cuando en público nos entregamos sin reparo á todo género de profanaciones del corazon y del espíritu; ni que escribamos para no ser entendidos; ni que en tortuosa y desmañada frase, á fuerza de rebuscar la novedad en el concepto y la expresion, solo lleguemos á la falsedad del pensamiento y del estilo.

Nunca apetecemos más libertad que cuando hay mayor desórden; ni más hablamos de teorías y de originalidad que cuando toda pauta reguladora desaparece, y las fuentes de la invencion se van secando: que así como el corazon gastado busca una pasajera sensibilidad en las más violentas emociones, del mismo modo el entendimiento pervertido pide una remisa luz de inspiracion á la licencia.

Y en literatura la licencia es perversion, porque propaga como mala simiente las vocaciones facticias, y arma el brazo de los ingenios de segundo órden que las profesan con el hacha de cierto estilo mecánico, á cuyos traidores golpes muere el arte.

En vano se dirá que cada época literaria, como distinta de las anteriores, ha menester una manera tambien distinta de expresarse. Porque cuando, dócil instrumento de la inteligencia, puede una lengua manifestar en modo bello y formas adecuadas las más finas y abstrusas ope-

raciones de la mente, los más eficaces y variados afectos del ánimo, y las infinitas impresiones del cuerpo y del espíritu; semejante lengua ha llegado á toda la perfeccion de que son susceptibles las cosas humanas; y nada más necesita en la succsion de los tiempos sino aumentar su caudal siguiendo los progresos de la civilizacion, y rejuvenecerse en las fuentes vivas de su propia historia.

Es el arte un compuesto de forma y fondo, ó si decimos, de cuerpo y alma, al cual no es ménos necesaria la inteligencia que piensa, que la voz que dice lo pensado. Ni pura materia, ni puro afecto, ni puro espíritu, sino muestra y símbolo de nuestra triple naturaleza corporal, moral é intelectual, es el resultado de la concordancia de todas las facultades humanas, y tiene por órgano indispensable la palabra hablada ó escrita: esto es, la lengua.

Háblase de preferir el fondo á la forma; y no se advierte que de cualquier manera que se separen estas dos cosas, enlazadas por la naturaleza con indisoluble parenteseo, se llega por diferente camino, pero siempre con toda seguridad, á la barbarie. Si las ideas se hallan forzosamente encarnadas en la forma, y es esta lo primero que, al modo de los objetos materiales, hiere los sentidos, ¿cómo degradando la una elevareis la otra? ¿cómo separareis el signo del pensamiento, ó el pensamiento del signo? Por cierto, en su perfecta armonía estriban la belleza de las artes, el triunfo del ingenio, y los verdaderos goces literarios.

En cuanto adorno del espíritu requiere, sin duda, la elocuencia una correlativa y comun madurez en las demas artes; y como medio de accion y persuasion necesita de

la violencia de las pasiones, de la influencia de grandes intereses, ora populares, ora individuales: pero ni en estos aspectos, ni en ningun otro bajo el cual se la quiera considerar, puede ni debe jamas eximirse de la obediencia á los principios y reglas literarias; porque ellas no han venido á ser tales por la sola autoridad de Aristóteles ni Horacio, sino por la autoridad soberana de la naturaleza, que es el tipo invariable y eterno de lo bello.

Libres somos para elegir las formas que nos plazcan; pero cuanto mayor sea la libertad, tanto así conviene más que el escritor y el orador se penetren de la idea estricta y rigorosa de las propiedades técnicas del arte, bien como de sus condiciones de dignidad y fines útiles. No hay estilo absoluto y determinado, es verdad; atento que cada prosista y cada poeta tiene el suyo, que le distingue entre todos, y es como el emblema de su personalidad y su carácter: pero si el estilo libre distingue y caracteriza al escritor y al orador, la frase caracteriza y distingue al idioma; por manera que para ser á un mismo tiempo original y nacional, es preciso hablar, ó escribir, con estilo propio sí, pero en el lenguaje de la patria.

Y ni ahora ni nunca ha venido él estrecho á los ingenios; que ántes bien ningun ingenio, por grande que haya sido, le ha agotado. No hay más rico venero; no hay terreno más fertil y abundoso. Léjos de servir de rémora al entendimiento, él le sostiene é ilumina, le fortifica y colora. Pródigo de sus tesoros, para todos tiene sonidos, matices, luces y armonías infinitas. A todos los tamaños se ordena y proporciona con flexibilidad maravillosa: fuerte en lo grande, templado en lo mediano, gracioso en lo pe-

queño. Órgano de numerosos registros, pulsado por mano ejercitada y docta imita todas las voces del cielo y de la tierra. Atleta y gimnástico consumado, es apto para toda lucha, y puede hacer sin romperse toda suerte de pruebas de habilidad y fortaleza. Con él hablaron dignamente á Dios y de Dios los maestros de nuestra elocuencia sagrada: con él tocaron y conmovieron todas las fibras humanas los escritores del siglo de oro de la literatura nacional.

Cuando posteriormente perdió esta mucho de su índole nativa para convertirse, de original y libre, en imitadora servil de una literatura exótica, todavía fué bella la lengua española en manos de los que repudiaban el espíritu español; y hoy que, abierta como plaza desmantelada á las invasiones de fuera, está turbia con la mezcla de giros y palabras extrañas, todavía adquiere singular encanto en la pluma de los que saben fundir juntas las nuevas y las antiguas riquezas en el crisol del talento y del buen gusto.

Cobrado han las naciones nuevo carácter, y aun aspecto nuevo, con el desenvolvimiento sucesivo de las ciencias y artes útiles; hánse complicado los intereses públicos y privados; el dominio de las almas ha pasado á ideas de extraña novedad, modificadas ó destronadas las antiguas; y un ruído insólito é inaudito, compuesto de todos los ruídos humanos, llena hoy en el mundo hasta los ámbitos de pueblos que ántes ni siquiera oian el rumor de sus propios pasos en la tierra que pisaban dormidos, ó medrosos. Así España; y sin embargo, tal es la pasmosa riqueza de su lengua que, sin salir de sí misma, puede esta dar cuenta y razon de esas ideas, intereses, artes y ciencias no conocidas de nuestros padres; y tambien de ese

ruído temeroso á cuyo solo anuncio habrian sin duda temblado sus entorpecidos aunque grandes corazones.

Y en prueba de ello hacéd memoria, entre otros nombres afamados, del de uno y otro Moratin, uno y otro Iriarte, Meléndez, Cienfuégos, Jovellános y Capmany. No están ni pueden ser olvidados los de Clemencin y Navarrete, Reinoso y Lista, Larra y Toreno. Con diccion que recuerda la de Rioja, y nervio igual al de Herrera, cantó Gallego la hazaña de Madrid en versos tan grandes como ella: héroe de la poesía que inmortalizaba á los héroes de la guerra, nada más hizo, sin embargo, que ser fiel á la lengua al modo que fueron ellos fieles á la patria. Frias, tan sencillo como culto, dechado de nobles y patricios, si bien ménos correcto y enérgico que aquel modelo insuperable de buen gusto, fué, siguiéndole de cerca, un gran poeta. Heredia, Pláeido y Olmedo, astros del cielo americano, supieron ser vates indígenas con el acento de la metrópoli. Y nunca ha servido de embarazo ni estorbo el idioma de los Argensolas, de Luis de Leon, Calderon y Lope de Vega, al príncipe de nuestros líricos modernos; que en efecto, Quintana, no siempre esmerado, aunque español siempre, sabe dar con no igualada maestría en ese idioma laureles á la libertad, castigo á la tiranía, gloria á la virtud, corona á la belleza.

Demas de que, en el seno de esta benemérita corporacion, y fuera de ella en la capital y en las provincias, veo notables ingenios, ya justamente gloriosos muchos de ellos, que cultivando con piadoso respeto el habla genuina de nuestros mayores, logran hacerla digno intérprete de la musa cómica, trágica y dramática en el teatro;

de las santas leyes é instituciones nacionales en el foro y en las Cortes; de los hechos pasados en la historia; de la antigua sabiduría en las colecciones bibliográficas; de los fueros del arte en la tribuna de la crítica; de la política en la prensa periódica; y en suma, de los altísimos fines de la religion en el púlpito. ¡Mágico poder y augusta consagracion de la palabra! ¡Empleo propio de la más noble, rica y armoniosa de las lenguas vivas! ¡Feliz augurio de una próxima y fecunda regeneracion de nuestras letras!

Por fortuna el medio de acelerarla es asequible, pues consiste en estudiar la antigüedad pagana para todo lo relativo á la expresion de los pensamientos, y á la sobriedad en el lenguaje: en poseer la literatura de las naciones modernas, no para imitarla en lo que es propio y característico de ellas, sino para aumentar nuestro caudal de instruccion y de doctrina: en conservar la pureza de las formas naturales del idioma patrio, y las tradiciones del gusto en el estilo, hábitos y modos de ser y existir del ingenio nacional: y en la meditacion incesante de los buenos modelos; porque estos, á la ventaja de nutrirnos con su savia, reunen la de encender la inteligencia y darle alas para que se remonte al tipo ideal de gracia y de belleza que constituye la divina verdad y perfeccion del arte.

Con esto, y reservando la invencion y las reformas para los asuntos, las ideas principales, y las infinitas aplicaciones coetáneas de las humanidades en sus relaciones con la vida actual de la nacion, tendremos una literatura nueva sin necesidad de formar una nueva lengua; y lengua y literatura se renovarán sin cambiar de naturaleza, se perfeccionarán sin corromperse, tendrán originalidad sin

ser extravagantes. Fuera de que, no existe ningun otro medio de cortar eficazmente los vuelos al flamante gongorismo que nos invade; el cual, hijo de la extrema licencia como el otro lo fué de la extrema sujecion del entendimiento, concuerda con él en los vicios capitales de prodigar las palabras bárbaras y espurias; de adulterar los conceptos para variar los modos de expresarlos; y de singularizar las cosas más comunes dándoles un aire de falsa grandeza, y cierta engañosa apariencia de juventud y bizarría.

Si el espíritu moderno tiene, como creo, un sentido exacto y susceptible de aplicacion á la vida real, el problema que cada pueblo de por sí debe resolver consiste en apropiarse la civilizacion universal sin salir de su propio carácter y límites morales: más claro, en ser cosmopolita sin dejar de ser indígena y patriota. Una lengua artificial aplicada á la literatura de todos los pueblos es, en efecto, una ilusion tan absurda y desvariada como la de una poesía general de convencion. Poesía y lengua de tal especie contradicen la eterna ley que, sin menoscabo de la unidad del género humano, une con lazo indisoluble los idiomas y las razas á los climas y á la configuracion de los lugares: ni, á ser posibles, darian otro resultado que el de destruir por siempre la energía intelectual de las naciones.

De aquí la necesidad de contar con lo pasado para las reformas de lo presente; porque en política como en religion, en religion como en costumbres, en costumbres como en artes y literatura, la sociedad que se despoja de las antiguas formas pierde su natural fisonomía, renuncia á su carácter, se priva de la mas sólida garantía de independen-

cia, y dificulta todo progreso fecundo y estable en la carrera de su civilizacion y vida nacional. Familia sin memorias ni recuerdos, borra sus fastos, mancilla sus blasones, y se entrega sin prevision ni recaudo á las azarosas experiencias de lo desconocido y contingente. La tradicion, por el contrario, es nervio al par que nobleza de las naciones; porque, al modo que una fortaleza murada y guarnecida, mantiene el órden interior, conserva el legítimo dominio, é impide que poderes extraños, violentos é invasores penetren de sobresalto y mano poderosa en el país.

Salvo que para ser útil entiendo yo que debe la tradicion acoger en su seno de buen grado los verdaderos y sanos adelantamientos de la civilizacion humana; que el culto intolerante y fanático de lo pasado, encerrando el espíritu y la accion del pueblo en un círculo de ideas y de movimientos estrechisimo, termina siempre por envilecerle y degradarle. Lo pasado es la semilla, no el fruto del árbol de la ciencia: y como hasta ahora ninguna generacion ha poseido la verdad, el trabajo del hombre es inquirirla, con el sudor de su frente, y bajo la direccion de la Providencia, en el trascurso de los siglos. Detenerse en el camino tanto vale como negarse á llevar la carga impuesta por Dios á nuestra vida, en la cual nada se alcanza sin dolor, esfuerzo, ni pelea.

La sensata tradicion que nada legítimo excluye: la tradicion liberal y generosa que únicamente rechaza lo que perturba y desconcierta: la tradicion que liga con cadenas de oro y flores lo pasado á lo presente, y lo presente á lo por venir: en suma, la tradicion civilizadora y expansiva, y por lo tanto cristiana, es la sola que este docto cuerpo

está encargado de eonservar. ¡Objeto nobilísimo de su instituto que satisfaec una necesidad real y durable de la naeion; y explica cómo, de eada vez más amada y respetada, ha podido subsistir y prosperar la Academia Española en medio de las ruínas eon que, desde su creacion hasta el dia, han sembrado la tierra en derredor de su recinto venerando la injuria de los tiempos y la venenosa aeritud de las pasiones!

Y aquí se nos ofrece un nuevo motivo de lamentar la pérdida del Sr. marques de Valdegámas; porque hácia los últimos años de su vida, deeaida la arrogancia de los primeros, se proponia haeer una reforma fundamental en su eloeueion, tomando por modelos á nuestros grandes escritores místieos; y él era hombre capaz, como pocos, de llevar á cabo la difícil empresa de fijar en la revuelta edad presente el lenguaje y estilo, por medio de la estrecha concordia del espíritu moderno eon el de nuestras antiguas tradiciones literarias. Deplorable, pues, en todos eonceptos, lo es con especialidad su muerte por haber privado á la Academia de un poderoso auxiliar, y al noble idioma castellano de un cultivador inteligente.

Y aun por eso, señores, ahora que ya toco al término de este diseurso, sobrecójeme, más vivo que nunca, un temor que desde el principio de él me ha acompañado. ¿Habré sido completa y absolutamente justo, así en la censura eomo en el elogio de las obras y eualidades del Sr. marques de Valdegámas? ¿Habré rasgado fuera de sazon y tiempo el velo misterioso eon que no eubre por lo comun la poesía sino las imágenes brillantes de los que han bajado hace mucho al sepulcro? ¿No habré profanado las dos cosas más res-

petables de la tierra: la muerte y la gloria? Juzgar á D. Juan Donoso Cortés es empresa muy superior á mis fuerzas: lo reconozco y confieso. Tampoco tengo reparo en declarar que he vacilado mucho ántes de acometerla, que he temblado muchas veces al ejecutarla, y que no creo haberla concluido felizmente: pero tambien aseguro que desde el principio hasta el fin de este empeño, á que imprescindibles deberes me han sometido, el norte de mis pasos ha sido la verdad, y mi único móvil la conciencia.

Y ¿quién, por otra parte, se habria atrevido á ser impío en presencia de una tumba á la que ni amigos ni enemigos, ni pecadores ni justos, pueden acercarse sin profundísimo respeto?

Vosotros habeis oido hablar de la muerte del Sr. marques de Valdegámas, y acaso hayais meditado en ella alguna vez. Yo la tengo constantemente delante de los ojos del espíritu como un espectáculo maravilloso, y lleno de superiores enseñanzas.

Convertido á la fe *por un misterio de ternura*, como él mismo dice, hallábase nuestro insigne español próximo á retirarse del mundo para hablar á solas con Dios y con su conciencia, y preparándose á las obras y pruebas que debian abrirle ancho camino á la mansion serena de la gloria y la inmortalidad.

El cristiano especulativo se habia trasformado en cristiano práctico: no para adorarse á sí mismo en el orgullo insensato de una devocion farisaica; sino para desasirse de lo criado, y poder libremente entender en lo divino.

Reconcentróse entónces toda su vida en lo interior con grande intensidad; y murió devorado por el espíritu, como

Pascal, como Bálmes, como otros muchos hombres de alma enérgica á quienes han consumido prematuramente el fuego de la meditacion y los trabajos del estudio.

Murió dejándonos un admirable documento en la historia de sus últimos instantes: sencilla y tierna historia que parece una página arrancada de algun antiguo libro del tiempo de los mártires y santos.

Incienso, pues, de buenas obras, y no estériles gemidos, es lo que debemos llevar en homenaje á su gloriosa tumba; pues miéntras nosotros continuamos abrasados en hambre y sed inextinguible de mezquinas vanidades, está él en paraje donde se gozan los bienes verdaderos para siempre, sin límite, ni fin.

Él sabe hoy en qué consiste la sabiduría: conoce sus errores y los nuestros; y despojado de todo humano orgullo, nos perdonará que no hayamos acertado á comprender sus doctrinas; ó que, comprendiéndolas, no hayamos tenido voluntad ni suficiente vocacion para seguirlas.

Mas de mí sé deciros, señores, que miéntras el cielo me conserve la facultad de admirar y amar con íntima y pura alegría del alma el talento y la virtud de mis semejantes, á todos, y á mí mismo el primero, propondré el ejemplo de D. Juan Donoso Cortés como digno de imitarse en la vida y en la muerte; y á todos, y á mí mismo el primero, diré siempre: «dichoso quien así viva: infinitamente más dichoso aun quien así muera.»

Rafael María Baralt.

12 bis

CONTESTACION

AL ANTERIOR DISCURSO,

POR

DON JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

SEÑORES:

En la solemnidad que hoi reune á la Academia Española, y despues del brillante y filosófico discurso que acabais de escuchar, cualquiera de sus individuos podria contestarlo dignamente, inspirado por el asunto, y sostenido en él por su juicio y su inteligencia: yo solo, á virtud de mui especiales circunstancias, temo y vacilo en este encargo, agitado por mi memoria, conmovido por mi corazon.

Hace, Señores, treinta años, — como que era en octubre de 1823, — que entraban dos jóvenes, casi dos niños, de catorce á quince de edad, por las puertas de la Universidad de Sevilla. Arrojábalos al uno y al otro en aquel asilo la tormenta política, que habia bramado y bramaba en nuestro horizonte, y que con un conocimiento

certero descargaba preferentemente sus rayos en los que habian tocado apénas los umbrales del mundo. Aquél venia de Salamanca, donde su imaginacion precoz diera larga muestra de un infantil liberalismo: éste venia de Córdoba, donde, con mas modesto continente, tambien se habia hecho notar entre los partidarios de las instituciones constitucionales. Aquél y éste, siguiendo el ejemplo de padres amados y venerados, y llevando en sus entrañas el noble sentimiento que se indigna de toda opresion, que repele toda tiranía, habíanse agrupado con viva fe y con espíritu ardiente en derredor de la nueva idéa que iluminaba la sociedad española, abriendo á ella sus inocentes ánimos, acariciándola en sus sencillos corazones, dilatándola y predicándola en sus poco reflexivas, en sus tal vez imprudentes palabras. — Por eso los amagaba, cuando no los hiriese, la reaccion: por eso tenian que huir de los lugares en que habian comenzado sus estudios: por eso iban á oscurecerse y á confundirse en aquel mayor y mas inextricable espacio, donde nadie se ocuparia de seguro en sus antecedentes, donde nadie inquiriria sus aspiraciones ilusorias, sus vagos deséos, sus imposibles, quiméricos propósitos.

La concurrencia á unas propias clases, la analogía de situacion instintivamente adivinada, la posesion de unos mismos prin cipios y gustos, á là par que de diversos caracteres, que quizá se completaban entre sí, los enlazó con una amistad íntima, de aquellas que solo inicia la juventud, pero que duran por toda la existencia, como el perfume de una flor que jamas se agosta. Juntos vivieron, juntos se formaron, en aquella ciudad de nobles y

artísticos recuerdos: juntos procuraron inquirir las ciencias del derecho y de la razon: juntos abrieron sus almas á la viva lúz de la belleza: juntos, sin abdicarlas nunca, modificaron tambien sus ilusiones de niños, cual lo exijia el discernimiento de la edad, que se adelanta en madurez con las pruebas de la sujecion, y con los quebrantos del infortunio.

Si posteriormente, el oleaje social y el huracan de las pasiones políticas los echó por rumbos diversos, mas bien que contrarios, la memoria de aquellos tiempos dichosos fué siempre un nudo indisoluble, que entrambos llevaron con placer, sintiéndolo eterno en sus corazones. Hoi lo ha sellado, lo ha santificado la tumba..! — Comprended, Señores, cómo no puede el que sobrevive fijar sus ojos en el que murió sin que se le arrasen en lágrimas: comprended cómo no puede juzgarle con la fria impasibilidad de una crítica indiferente: comprended cómo — agradeciendo á nuestro digno Director que le haya dispensado esta honra, y encargádole la última palabra que aquí se ha de pronunciar respecto al amigo de su niñez, — duda en el momento de pronunciarla, y casi se arrepiente de un deséo, para el que no habia contado con las flaquezas de su fraternal cariño. Mayor serenidad, mayor imparcialidad de idéas reclamaba este acto: disculpadme, Señores, si no alcanzo la una, si no me es dado remontarme á la otra.

Afortunadamente, el discurso de nuestro nuevo compañero es tan completo y tan acabado; calificanse en él con tal exactitud las concepciones del filósofo, y las dotes de expresion y forma del escritor á quien reemplaza; enúnciause con tan atinado juicio las idéas que todo en-

tendimiento recto debe deducir del análisis de sus obras; que yo no tendria nada que rectificar ni que añadir si quisiera seguirle en su estimable trabajo, y me veria en la precision de hacer variantes sobre lo dicho, con el grave riesgo, que siempre amenaza á los de rebusca, de parecer forzados y premiosos, en comparacion de los espontaneos y naturales.

Prefiero, Señores, fijar por algunos momentos mi vista en la persona del querido Académico á quien lloramos; señalar algunas circunstancias, poco conocidas, de su sensibilidad, de su carácter, y aun de su talento propio; y encontrar en ellas el gérmen y la explicacion de las que resaltan en sus escritos, ora de contínuo como inagotables raudales de luz, ora tambien de tiempo en tiempo como golpes de sombra que los contrastan y los anublan.

No tengo que hablar ni de la fuerza de comprension, ni de la facultad generalizadora, que desde niño le distinguieran. Está viva en la memoria de todos la elevacion de sus pensamientos, y la grandilocuente sonoridad de sus palabras. Si alguna aspiracion crítica puede levantarse hasta él acerca de ese punto, solo ha de consistir en aquella propia elevacion y sonoridad constantes, que, despojadas de mas suaves tintas ó de tonos mas apacibles, fatigan al cabo con su permanente tension á ménos poderosos entendimientos. Tambien la luz que contempla el águila en las purísimas claridades del espacio, cansa y deslumbra á los que, careciendo de su fuerza, la recibimos de lleno en nuestros débiles ojos.

Mas á esa facultad de generalizar, á esa necesidad de remontarse siempre y para todo hasta los principios, por

una síntesis que no descansaba sino en lo simple y lo absoluto; uníase en nuestro sócio el exquisito don de sentir con extremada viveza, pero no con duracion ni constancia, y uníase tambien un carácter tímido, que contrastaba hasta no más con la reconocida audacia de su talento. Si por la inteligencia era gigante, era asímismo mujer por la sensibilidad, y era niño por el corazon. Dios le habia hecho de ese modo; no permitiendo quizá sus inescrutables juicios que se acumulen y completen todo género de grandezas, en este sér miserable que ha condenado á la imperfeccion y á la incertidumbre.

Pues bien, Señores: en ese conjunto que os acabo de indicar de diferentes y encontradas dotes; en esa reunion de discordes cualidades, que pocos han podido conocer mejor que el que os habla; está la clave segura para comprender y juzgar con acierto á la persona en quien nos ocupamos, como tambien lo estuvo el destino de su vida, y la sucesiva generacion de sus siempre grandes, de sus siempre sorprendentes idéas. El mundo que no poseyó esa clave, ha podido algunas veces pararse ante ellas con duda ó con asombro: para los que la tuvimos, conociendo al hombre, nada mas fácil que seguirle en su marcha; nada mas sencillo que comprenderle como era, y aun casi predecir cómo habia de ser en cada momento.

Dedícase en los primeros años de su juventud al cultivo de las letras humanas: oye con ardor los consejos del insigne patriarca de nuestra literatura, prez y gloria de esta Academia: explica en el Instituto de Cáceres: lucha en el memorable concurso del Cerco de Zamora; arroja en fin á la luz pública varios cantos, que se escapan de su

alma, ora con motivos de júbilo, ora en instantes de dolor. Y ya desde entónces, con la leche de la enseñanza en los labios, comienza á lucir esa distinguida indivídualidad, que debia acompañarle hasta el sepulcro. Lo grandilocuente de la expresion, lo atrevido, lo absoluto, lo exagerado de la idéa, son sus reconocidos caracteres. Ni espereis de él el depurado gusto, que significa serenidad y prudencia; ni espereis la moderacion, que se deriva de la duda, ó de la templanza. Es un retoño del antiguo genio cordobés el que nace y se ostenta al mundo, con su valentía, con su desenfado, con su negligencia tradicional: es otro Lucano, que prepara una nueva Farsalia, escribiendo la tragedia de Padilla: es otro Góngora, no despeñado aún en sus delirios, sino desenvolviendo las tendencias de Herrera, el gran imaginador; pero un Góngora quizá mas inflexible y ménos variado que el autor célebre de Angélica y Medoro, capaz de sobrepujarle en sus Canciones, incapaz de seguirle en sus Romances.

De haber permanecido por algun tiempo las instituciones de 1830; de no abrirse á la juventud el nuevo estadio que de allí á poco se le franqueó, llamándola á las cuestiones públicas; puede tenerse por seguro que el cantor de la Duquesa de Frias hubiera llegado á ser mui luego un gefe de escuela en nuestra República literaria. Su independencia, por no decir su desden hácia los ajenos juicios, la fuerza creadora de su rica imaginacion, el atrevimiento de su pintoresca palabra, lo fascinador y dominante en la cadena de su discurso; todo acredita la exactitud con que concebimos y enunciamos esta idéa. Habria sido un bien ó un mal; no necesitamos discutirlo ahora.

Pero siempre es necesario rendir homenaje al talento que despunta con tal elevacion; y reconocer cuánto se distinguen y sobresalen entre la muchedumbre de escritores los que arrastran á las generaciones sucesivas por cualquier inusitado sendero, siquiera no sea ni el mas desembarazado y espacioso, ni el que mas rectamente dirija al templo de la inmortalidad y de la gloria.

Entretanto, Señores, cambia segun dejamos indicado la situacion de las cosas públicas: reemplaza 1833 á 1830; y quien se anunciaba hasta allí como poeta ó como disertador literario, levántase de repente como político, como estadista, como filósofo, de la mas importante y trascendente de las filosofías todas.

Pero observad de qué manera se levanta, y con qué condiciones se presenta al mundo: observad cuál sigue su camino, al parecer tortuoso y vario, en realidad idéntico consigo propio, como impelido por una misma fuerza, como producto necesario de una sola causa.

No me refiero, Señores, al estilo ni á la forma. Reconoce todo el mundo que no hai en estos otra variacion sino la que exije la naturaleza de los asuntos tratados, y el desenvolvimiento que imprime la edad aun en las cualidades mas consistentes. Siempre igual grandeza de imágenes; siempre igual sonoridad de períodos; siempre idéntico lujo de generalizacion; siempre la carencia absoluta de tonos modestos, en que descanse el ánimo, y que den fuerzas para admirar nuevamente otros nuevos arranques de fantasía.

No es esto de lo que quiero hablar. Entro más en el fondo de las cosas, y descubro y contemplo la unidad á

que me he referido en la extraña combinacion que cité ántes; cual resulta de ese talento que tan alto concibe, de esa sensibilidad que se afecta tan viva y pasajeramente á la vez, y de esa condicion tímida y flaca, efecto quizá de la dolencia física que le llevó á la tumba, y que es posible le trabajase desde sus primeros años. Hé aquí, Señores, á mi juicio, lo que nos explica su vida toda: hé aquí lo que nos da el secreto de sus variaciones aparentes, reivindicando y reconstruyendo la unidad, que en pocos ha sido tan verdadera y tan constante.

Fijad si no vuestros ojos en el publicista de 1833, en el profesor de 1836, en el negociador de 1841. Las idéas son diversas, son contrarias en cada cual de estas épocas; no hai que ponerlo en duda, porque ántes de todo es el derecho de la verdad. Las idéas son diversas; y sin embargo, en cada caso son las que comprende el escritor con la mas sincera buena fe, son las que concibe destinadas para labrar la felicidad del mundo. ¿Sabeis por qué sucede así? ¿Quereis conocer el motivo que le coloca, con tan pequeños intervalos, en tan diferentes puntos de vista? ¿La razon de aparecer aquí liberal ardoroso, allí liberal doctrinario, despućs apénas liberal?

Pues depende, Señores, de que en 1833 acaba de presenciar los desafueros del poder absoluto y la procaz conducta de los voluntarios realistas; de que en 1836 ha visto de cerca el movimiento revolucionario de las provincias, con su aterrador carácter; de que en 1840 por último, ante les pronunciamientos de setiembre y la Regencia militar, cree reconocer estéril y valdía la Constitucion moderada, que tres años ántes hicimos ó aceptamos todos. Es liberal,

ardiente liberal, primero, porque el liberalismo es el refugio contra los excesos de la monarquía pura: es en seguida doctrinario, porque la soberanía de la razon le proteje contra las saturnales de la demagogia: se lanza finalmente en la reaccion monárquica, porque juzga vilipendiada y abatida la autoridad, y porque entiende que solo siendo fuerte y legítima es como salva á las sociedades de vaivenes y trastornos.—Hubo, pues, en todos los casos para conmoverle, para decidirle, un peligro que hirió su fantasía. Temió, se apasionó, y se lanzó consiguientemente en un nuevo refugio: generalizó sobre un órden de idéas, y tuvo en poco, cuando no suprimiese, las que le atenuaban ó modificaban. Y puesto ya en esos caminos, y olvidado de antiguas impresiones que le habian empujado á otros, su talento extraordinario encontró siempre grandes imágenes y expresiones sonoras, que llenaron el espíritu de los oyentes como habian llenado el suyo, y que abrumaron, cuando no convencieran á los que le escuchaban, con su reconocida, innegable majestad. Es lo cierto que faltaba en su carácter un contrapeso de energía, como de duracion y de constancia en los sentimientos de su ánimo; y que al considerar en cada ocurrencia los últimos aspectos de la causa pública, se eclipsaban ó desvanecian en él las propias consideraciones que en época anterior tenian ocupado su juicio:—de ahí la facilidad para inclinarse á todos los extremos, y la exajeracion al adoptar todas las doctrinas, huyendo en cada caso de la idéa que le ofende, ó del peligro que le amenaza.

Y esto mismo sucede despues, Señores, cuando al tomar mayor y mas resuelto vuelo, da la espalda á las co-

sas terrenas, maldice de la política liberal y de la humana filosofía, y quiere elevarse, á la sombra y amparo de la Religion, hasta los mas altos principios de lo verdadero y de lo absoluto.

Habia sido testigo en 1847 del prolongado acabamiento, de la agonía admirable, de la santa muerte de uno de sus hermanos: jóven modesto y sencillo, humilde de corazon, dechado de todo género de privadas virtudes. Aquella dulce serenidad, aquella inefable resignacion, aquel tránsito visible y misterioso de los padecimientos del mundo á las dulzuras de una eternidad feliz, le hirieron y conmovieron vivamente, sojuzgando su criterio, y arrebatando su inteligencia. Aparecióle notorio lo fútil de las especulaciones humanas; vió la derrota de los sentimientos del orgullo, postrados por el Cristianismo inocente y sincero. Admiró su alma, necesitada como siempre de entusiasmo: animóse su debilidad, necesitada como siempre de apoyo: despertóse y exaltóse su fé, que, no renegada nunca desde niño, dormitaba, como en tantos otros dormita, al albagüeño arrullo de los intereses y doctrinas de la tierra.

Mas entrado en esa vía, su naturaleza le llevaba á ser fervoroso cristiano, como habia sido liberal ardiente, resuelto doctrinario, decidido reformista. Nunca le habia de consentir su genial índole el hacer nada á medias, ni el proceder con vulgar templanza. Como pedia las Cortes, tronando contra la Diplomacia extranjera, en 1833; como se atrincheraba con las teorias racionalistas en 1836; como pugnaba por una Regencia dinástica en 1841, y por una Senaduria Real en 1845; así tenia que arrojarse ahora en los estudios teológicos, y embeber su alma en los arroba-

mientos del misticismo: emulando á Bossuet y á Sta. Teresa, cual emulara ántes á los políticos profanos de mas nota; y hablando tan dignamente de las cosas santas, como hablara de las terrenales en su profesorado y en su apostolado de los intereses del mundo.

Coincidia esto, Señores, con los acontecimientos de 1848. Y bástame citar esa fecha, para que se conciba todo lo qúe debió influir en el alma del nuevo y apasionado cristiano. No busqueis otra explicacion del último período de su existencia; no la busqueis particularmente del célebre escrito que ha llevado por toda Europa su nombre, y que ha sido principal materia del discurso á que debo responder en estos momentos.

Desde los sombríos terrores de 1793, y desde las vergonzosas orgías de 1797, no ha habido una época mas fatalmente ominosa á la libertad que ese tristísimo año de 1848. Desbordado y triunfante por donde quiera el espíritu que se engalanaba con sus mentidos arréos, todo lo conmovió, todo lo amenazó subvertir en nuestro antiguo continente, no habiendo institucion, por sagrada que fuera, que no vacilase ante el horrible cataclismo. Poder, sociedad, familia, á todo atentó en su vértigo: el estremecimiento fué universal; el gemido de desesperacion se escuchó tan pavoroso como profundo en las entrañas del género humano.

Es un gran milagro, Señores, es la prueba mas concluyente de lo perdurable de la libertad política el no haberla visto sucumbir para siempre, tras de aquellos delirios; el considerarla incólume en los ánimos, vencedora de sus propios desmanes, levantando su martirizada y lau-

reada cabeza, entre el crujir de las armas, y los despiadados alaridos de la reaccion. Verdad es que se halla cubierta con un velo en las márgenes del Sena; pero luce en las del Mosa y en las del Tajo; pero se levanta espléndida y llena de porvenir en las cimas de los Alpes; pero vive sobre todo con una vida inextinguible en la afortunada region donde tuvo su cuna para los estados modernos, de dónde procedió el último siglo entre los pliegues de la filosofía, y de donde procederá otras mil veces, si fuere necesario, en el aliento de la razon, y en el multiforme vehículo de la actividad que nos devora.

Más no podia esperarse de ningun modo que este milagro de la entereza y del buen sentido alcanzaran á nuestro amado compañero. En la situacion de ánimo en que se encontraba por entónces, 1848 tenia que cortar definitivamente el débil lazo que aun podia unirle con las doctrinas del liberalismo racional. Como hombre de gobierno, habia de invocar la dictadura : como filósofo, habia de refugiarse del sistema del libre exámen en el de la obediencia pasiva, y de el de la exencion del pensamiento en el de la infalibilidad del poder monárquico.

Estoy muy léjos, Señores, de censurar que contraponiendo aquel insigne escritor lo que es de institucion divina á las que parecen invenciones humanas, ensalce á lo primero sobre lo segundo, y vuelva sus ojos al cielo, asustado y hastiado de los azares y decepciones de la tierra. Yo tambien humillo mi frente en presencia de lo eterno y lo inefable; y no le comparo con criminal audacia lo que siendo humano, es perecedero como tal. Mas ¿era por ventura necesaria semejante contraposicion? ¿Era ésta tam-

poco legítima ? ¿Debíanse señalar como puntos que se excluyeran, que se repelieran, en que la sublimacion del uno fuese la caida y condenacion del otro , el cristianismo, el liberalismo, y el socialismo?

Aquí está, en nuestro modo de sentir, el notable yerro del autor y de la obra: yerro, que no lo deja de ser por los magníficos accidentes de idéas y de formas con que se le reviste; yerro, que nace como todos los de la persona de quien hablamos, en esa vivísima sensibilidad que le ofusca sobre las mas antiguas concepciones, y en esa generalizacion extremada , por la que prescinde ó descarta á veces muy importantes elementos , dignos de ser apreciados y considerados. Estimó al liberalismo un accidente de nuestra edad, no mirando sino á su forma: olvidó que su esencia es de todos los tiempos, de todas lás sociedades, necesaria miéntras ellas subsistan, ingénita en la humana naturaleza; y el resultado fué el de empequeñecerle y rebajarle, para ensalzar á lo que sin ese recurso era por sí propio tan digno y tan sublime.

Un estudio mas sereno, y de consiguiente mas imparcial, un análisis mas acabado de la índole y de la historia del hombre, hubiera impedido semejante error, y hecho perfecta y fecunda aquella síntesis que no lo es. Valdria sin duda el cristiano tanto como vale ahora ; y el ciudadano y el filósofo no estarian expuestos á las censuras que pueden alcanzarles. Porque el filósofo habria considerado anchas y subsistentes las bases del liberalismo ; y el ciudadano habria tambien descansado en ellas con satisfaccion, como quien descansa en su indudable y legítimo derecho.

No quiero, Señores, que se me crea por mi palabra.

Reconozco mi deber de justificar los pensamientos que emito; y espero de vuestra benevolencia que me permitais intentarlo, tan brevemente como es forzoso en esta contestacion.

Pongamos nuestra vista en toda sociedad humana: interroguemos con sencillez y sin prevenciones á su historia: demandemos á los siglos lo que pueden enseñarnos, acerca de la cuestion que nos ocupa. Y la historia y los siglos nos responderán que no hubo jamás sociedad alguna, en donde no existan y hayan existido dos órdenes de instituciones, que acreditan dos órdenes de idéas. Son unas las que constituyen el verdadero poder; las que ordenan y regulan su accion; las que, por medio de la disciplina y la obediencia social, consagran y afirman la tranquilidad pública. Son otras, las que constituyen garantías contra los desmanes y abusos de esa autoridad ya creada; ora rodeándola de útiles resistencias, ora levantando distintos y parciales poderes, que sirvan de contraste á sus actos, para que no se ejerzan con holgura en perjuicio de los individuos ni de la propia nacion. Y si bien tales instituciones no están de ordinario materialmente separadas entre sí, es seguro que el entendimiento las distingue, y las estima y las señala como son, dobles y diversas. La autoridad y la garantía, la disciplina y el exámen, el mandato y la discusion, el poder y sus limitaciones; todo ello constituye esos dos órdenes paralelos y de una relacion necesaria, en la esencia de los diversos estados del mundo. El Autor Supremo los dotó á la vez con lo uno y con lo otro; y nuestra observacion tendrá que reconocerlo, sin duda, en cualesquiera de ellos donde se fije, y que haga objeto de sus imparciales investigaciones.

Los ha habido, ciertamente, los hai, los habrá, en tanto que el hombre durare, en que las idéas correspondientes á cada série sobrepujen á las de la série contraria, y parezca que las absorven, ó por lo ménos que las eclipsan. Lo conocemos, y lo declaramos, sin dificultad de ningun género. En las cosas que no son simples, la perfeccion y ponderacion exacta es mas bien un deséo, que no un hecho positivo y real. Los principios individuales y garantizadores se han sobrepuesto á veces á los de disciplina y autoridad, embarazando y destruyendo la gobernacion; como los principios de autoridad y de disciplina tambien se han sobrepuesto, y casi han ahogado, otras, á los contrarios que los enfrenaban. Mas á pesar de lo uno y de lo otro, ni éstos ni aquellos han podido jamas desaparecer completamente. Nuestra naturaleza humana, libre á un tiempo y disciplinable, racional y necesitada de órden y direccion, hace absolutamente precisa lo coexistencia de esos dos linages de instituciones. Y decimos más: que en donde quiera que con poco acuerdo se ha querido acabar con uno de los dos, allí, ó la usurpacion afortunada del poder por una mano firme, ó el soplo de las revueltas, por quienes no tenian otro medio de gestionar sus intereses ó de expresar sus voluntades, han venido á dar una nueva canonizacion á los principios que vamos proclamando, y á acreditar repetida y constantemente que es imposible la sociedad humana sin una autoridad que la gobierne, y sin una garantía que la defienda.

Pues bien: esas instituciones, esas idéas de garantía, tan indispensables en su fundamento, aunque várias y mudables en su forma, aunque susceptibles de ménos y de

más, de restriccion y de desarrollo, al compás de las diversas sociedades; esas son las que en el lenguaje usual de nuestros dias constituyen la base del presente *liberalismo*. A ellas, á su proclamacion y sostenimiento, á la doctrina que las desenvuelve y las propugna, que las justifica con amor, que las dilata con valentía, que lucha por su consagracion y su triunfo contra aquellos que las comprimen ó las niegan; á eso es á lo que damos este nombre, que tan equivocada como dolorosamente se buscó, para ofrecerlo por antagonismo de la escuela cristiana, deducida de la Santa Religion, reguladora de nuestras creencias y nuestra moral

Vése, pues, notorio el yerro, como lo veníamos señalando de mas arriba. La contraposicion se fundaba en suponer al liberalismo accidental, moderno, transitorio; y acaba de hallarse por las anteriores consideraciones que es no solo en su esencia antiguo, sino necesario; que si cambian y se corrompen sus formas, su natural índole dura y permanece inalterable, revistiéndose de las que son acomodadas á la contemporánea situacion de los pueblos. Sin duda ninguna, es mas alta y mas fecunda, como mas celestial, la Religion: son mas puros y mas universales sus beneficios: aún sin tener por objeto directo las cosas terrenas, trajo al mundo una mas santa libertad, no conocida de nuestros antepasados, y que forma hoi parte de la herencia que poseen ó reivindican las naciones. Pero si ella es una nueva garantía de la dignidad humana, y la ofenden los que quieren constituirla en mero instrumento de gobernacion, ¿por qué ha de presentársela como antítesis de las que son tambien garantías naturales y justas, y se ha de mal-

tratar y abofetear á éstas, para levantar y celebrar sobre su deshonra lo que no necesita de facticios y deleznables pedestales? No olvidemos nunca, Señores, que solo en lo comprensivo y en lo armónico se encuentra la verdad; y que buscarla en lo exclusivo y en lo simple, cerrando los ojos para no ver lo que nos ofende ó nos estorba, no es glorificar la verdad misma, sino iludirse á sí propio, y navegar al cabo en un océano de brillantes errores.

Por lo demás, si esta base de la obra á que aludimos nos parece exajerada y aun falsa, todo lo que en ella no procede de ese dato especial encanta á la imaginacion, y satisface al ánimo con su inmejorable acabamiento. Y aun eso mismo en que no se puede convenír ¡cuánto no seduce ó abruma, ya que no convenza ni demuestre! ¡Qué de grandeza, Señores, en las idéas! ¡Qué de bellezas varoniles, qué de perfeccion en las formas! El pensador y el hablista tocan ya á la cúspide de lo que pueden ser en tiempo alguno. No se habia ostentado mas grande Tertuliano, combatiendo á los antiguos heresiarcas: no habia aparecido mas severamente bello Bossuet, en sus vigorosas refutaciones del moderno protestantismo.

Dios, cuyos inefables, supremos arcanos, confunden y burlan nuestra miseria, cortó de repente, cuando ménos podia esperarse, esa lumbrera de nuestro siglo, esa prez de nuestra nacion. Dios derramó una gran lástima en el espíritu de cuantos le estimaban, que eran todos los que le conocian: una gran amargura, un dolor inacabable, en el corazon de los que le habíamos amado con nobles y sinceros afectos. Acatando su juicio, bendiciendo su nombre, la sociedad entera ha echado coronas sobre aquella tumba, y

nosotros la hemos regado con nuestras lágrimas. Tambien la Academia paga gustosa este tributo á quien se honró llevando el nombre de su socio; á quien la honró, reflejando en ella los rayos de gloria que le circundaron, y que hoi coronan su recuerdo.

Mas cumplido tan piadoso deber, arrojados el último lauro y la última flor sobre ese sepulcro, es obligacion mia tornar los ojos á lo que ya tengo delante, y consagrar algunas palabras á la eleccion que hemos hecho, y al nuevo compañero que por primera vez se sienta entre nosotros. No podrán ser muchas; que el ánimo desfallece cuando se ha ocupado en objetos tan dignos, y falta la atencion para las cosas literarias, despues que se la lleva á lo mas alto, á lo mas sublime que puede llenar el entendimiento humano, Dios y la libertad.

Era estrecho, era apremiante el compromiso, en que la muerte del Marques de Valdegamas ponia á la Academia Española: al llenar su desocupado asiento, necesitábase hacerlo con dignidad, para que no recayese la vergüenza de una humillante comparacion, ni en los que sin cordura lo adjudicaran, ni en el que osase sin títulos invadirlo. Es éste, Señores, uno de los bienes que dispensan á tales cuerpos los hombres de primera línea: no solo los enaltecen y los decoran en tanto que viven, sino que los custodian con su sombra, despues de fallecidos, defendiéndolos de intrusiones que pudieran amenguarlos.

Ahora bien: si la Academia ha cumplido con su obligacion, si desempeña el forzoso deber en que su buena suerte la colocaba, dígalo el discurso que acabais de escuchar, tan superiormente pensado, escrito con tanta pureza,

con tan agradable estilo, en tan correcto y escojido lenguaje. Quien sabe juzgar así al ilustre compañero que la Providencia nos arrebata, bien tiene hechas sus pruebas para reemplazarle, bien se puede sentar con segura, aunque modesta frente, donde se sentaba aquel, en medio de nuestra noble corporacion.

Pero no es esto tan solo. Sin hablar de otros títulos que distinguen al nuevo Académico, sin analizar escritos de mui diversa índole que le ha debido nuestra literatura, sus apuntes históricos, sus controversias políticas, sus poesías tan sentidas como delicadas; me es imposible, Señores, no recordar la empresa de su filosófico Diccionario, que ha merecido tiempo hace nuestra mas cumplida aprobacion, y que la España inteligente aguarda con viva impaciencia. Y ¿cómo no la habíamos de aprobar y estimular nosotros, y cómo no habíamos de rodearla de todo el interés que verdaderamente merece, cuando la primera idéa de semejante obra nació en esta casa misma, y se enunció mas de cincuenta años hace, en un acto análogo al que celebramos hoi?

Permítame la Academia un recuerdo, que hace tan natural y tan oportuno la recepcion de este dia.—Verificábase otra en octubre de 1799; y el sócio que en aquellos momentos era admitido por nuestros predecesores, el gran escritor, el gran poeta, el insigne ciudadano, D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, disertaba sobre el carácter y los destinos de la noble y hermosa lengua á cuyo estudio nos consagramos todos. Y despues de haber discurrido acerca de este tema con la elevacion de pensamientos que le era tan comun, decia del modo siguiente, dirigiéndose á

la Academia misma, que de seguro debió contestarle con aplauso tan sincero como universal.—«La lengua castellana, que es sin disputa una de las mas ricas, de las mas libres, de las mas grandilocuentes, y de las mas meliodosas entre todas las modernas, está bajo tu sombra paternal, esperando que tus cuidados la habiliten para llevar al supremo grado las ciencias entre los españoles. Tú que tanto has trabajado para darle un vocabulario, y que no cesas ni cesarás hasta que se le perfecciones, encerrando en él todas nuestras voces, giros, frases, locuciones antiguas y modernas; tú acometerás despues la grande empresa de formar un diccionario metódico, en que las palabras ocupen su lugar, no segun el órden alfabético, sino segun el de las idéas que es el órden de la naturaleza. Allí veremos con la historia de cada signo la de cada pensamiento por él representado, y por consiguiente la historia del entendimiento entre nosotros. Allí, subiendo al orígen de cada voz, explicarás su sentido propio y primitivo, y derivarás de éste los sentidos secundarios y trasladados; y determinando la diferencia que hai entre las palabras llamadas sinónimas, probarás que cada signo representa una idéa diferente, ó una modificacion diferente de la misma idéa. Allí, fijando el número y el valor de las terminaciones y el de las preposiciones y advervios iniciales, presentarás los verdaderos radicales de nuestra lengua, enseñando por este camino el modo de formar voces nuevas, para que las ciencias no se valgan en adelante de nomenclaturas ininteligibles y absurdas.....»

No necesitamos copiar más. Vuestra inteligencia hubiera creido oir, oyendo estas palabras, el prospecto de ese

Diccionario etimológico á que ántes me referia, y que, con una audacia de las mas justificadas y honrosas, tiene emprendido nuestro nuevo compañero, al son de los elogios de la España entera.

¡Cosa singular, Señores! Un gran poeta, á fines de la centuria pasada, entrevé en su lozana imaginacion esa obra colosal, y la propone á la Academia para corona de las suyas. Pasan años y años, guerras, trastornos, revoluciones: el infeliz Cienfuegos va á morir desterrado en Francia, donde todavía yacen sus cenizas: su discurso, cubierto de polvo, queda tambien en olvido en los estantes de la Academia. Y medio siglo despues, otro escritor, que no vivia cuando se pronunció el vaticinio, que no tenia del mismo la menor noticia, concibe el propio pensamiento, lo enuncia con palabras idénticas, recibe por él las felicitaciones de este cuerpo literario, y viene, en fin, á sentarse hoi entre nosotros, donde le podrá llevar á término con mas facilidad y mas perfeccion, valiéndose de los tesoros que ha acumulado el estudio, ayudándose eficazmente con la suma de luces congregadas en este recinto.

¡Así se cumplen los faustos destinos de la Academia! Sus individuos pasamos, arrastrados en la perdurable corriente de las cosas humanas; pero la idéa, pero la ciencia, pero el arte, emanacion de la Divinidad, vive inextinguible, renace si por un momento se eclipsa, y progresa sin cesar en los incomensurables límites de lo verdadero y de lo bello. Todas las altezas concurren á ese propósito: todas las capacidades llevan para formarlo su tributo al tesoro general. El genio, su grandeza que admiramos: el talento y la crítica, su laboriosidad que bendecimos: el don

profético, su intuicion de lo que ha de venir en tiempos mas felices. Hasta la modesta medianía, que siempre tiene algun lugar en estos cuerpos, hasta los que la personificamos mas sencilla y humildemente, todos contribuimos por nuestra parte á la obra comun, siquiera no hagamos otra cosa que consagrar á tan distinguidos ingenios el elogio que merecen, y rodear con la aureola de la gloria unos nombres que son nuestro ornato y nuestro orgullo.